

Con cuatro análisis sobre una de las problemáticas centrales para el periodismo colombiano de hoy, los desafíos que tiene el cubrimiento informativo del conflicto armado interno, se inicia la serie Cuadernos de Comunicación, de Editorial UNAB. Esta colección presentará reflexiones sobre asuntos de actualidad dentro de la comunicación social, escritos por profesores de la Universidad Autónoma de Bucaramanga e invitados especiales a la institución, como aporte al debate sobre este campo del conocimiento, el oficio y la profesión.



Editorial  
UNAB  
© 2002

1

# Cuadernos de Comunicación

Francisco Gómez Nadal  
Juan Gonzalo Betancur B.  
Mary Correa Jaramillo  
Carlos Alberto Giraldo M.

COLECCION  
HEXDOC

© Para Cuadernos de Comunicación:  
Editorial UNAB, 2002

Calle 48 N° 39-234  
Bucaramanga (Colombia)  
Todos los derechos reservados  
Primera edición

La reproducción parcial o total de esta obra  
sólo se puede hacer previa autorización de Editorial UNAB

Edición, diagramación y producción:  
Producciones UNAB

Editorial UNAB está afiliada a la Asociación de Editoriales  
Universitarias de Colombia (ASEUC)

Impreso y hecho en Colombia  
Print and made in Colombia

# Cuadernos de Comunicación

## 1

Francisco Gómez Nadal  
Juan Gonzalo Betancur B.  
Mary Correa Jaramillo  
Carlos Alberto Giraldo M.



Editorial  
UNAB

©2002

Colección Hexdoc  
Bucaramanga, 2002

## Presentación

La facultad de Comunicación Social de la Universidad Autónoma de Bucaramanga inaugura con este primer número de *Cuadernos de comunicación* un espacio para publicar escritos breves de sus profesores o de invitados externos, sobre temas puntuales o coyunturales que, a manera de fotografía instantánea, expresan una perspectiva interesante sobre los fenómenos de la Comunicación Social.

Este cuaderno inicial recoge trabajos de tres docentes de la UNAB: Mary Correa Jaramillo (Los retos para periodistas que cubren el conflicto armado – El caso del nororiente Colombiano), Francisco Gómez Nadal (La responsabilidad individual – La vuelta a la racionalidad de emisores y receptores), y Juan Gonzalo Betancur B. (Las siete trampas capitales contra el periodista y el buen periodismo); y de nuestro invitado del periódico *El Colombiano*, Carlos Alberto Giraldo (Escuchemos a los que quedan vivos).

De una u otra manera, todos ellos hacen referencia directa a tres capacidades fundamentalmente humanas que nos separan de otros mamíferos, pero a las cuales con frecuencia renunciamos, movidos por el temor, el cansancio o la desilusión. Son las capacidades de pensar, de ver el futuro y de decidir y obrar en consecuencia.

Pensar es poner en duda lo obvio, lo establecido y lo sabido; es la inconformidad permanente con el propio conocimiento y la consecuente búsqueda de nuevos datos, diferentes perspectivas, modelos inéditos de considerar las cosas. Pensar es abrirse a personas desiguales, en quienes reconocemos una capacidad semejante para producir sus propias representaciones del mundo y no sólo abrirnos a quienes tienen mayor visibilidad social, bien sea por el poder que representan o por el despliegue que de ellos hacen los medios de comunicación; pensar es buscar entre los actores del común, anónimos pero jamás impersonales; es reconocer la

infinita complejidad de lo humano y asumir sin desfallecer la tarea de rastrear los hechos a sabiendas de que muchos de sus componentes permanecerán ocultos; pensar es asumir la tensión continua entre el orgullo por el conocimiento conquistado y la humildad por el tamaño de nuestra ignorancia; es mantener el alma dispuesta al asombro, a la admiración y al misterio, sentimientos que ahondan la intensidad de la vida y que cierto pensamiento *light* quiere borrar, así como oculta el dolor, el sufrimiento y la muerte para poder ofrecer entretenimiento a personas previamente aburridas.

Ver el futuro, la segunda capacidad en mención, es la condición para asumir la libertad, misterio insondable ante el cual solemos experimentar rechazo y del cual pretendemos huir, bien sea negando que vemos lo que vemos o atribuyendo a otros y a las circunstancias nuestras propias reacciones, mediante la disculpa. Proverbial es en el ser humano el miedo a la libertad, el mismo que hizo dudar a Adán para aceptar de Eva el “Fruto del Conocimiento, del Bien y el Mal” y luego lo indujo a negar ante Dios su decisión de salir del paraíso, pues tendría que hacerse cargo de su propia vida. Porque tal es la consecuencia de ejercer la libertad: asumir por sí el futuro derivado de la opción escogida. Nos ronda la tentación de lo fácil, de lo obvio, de la inercia; deseamos volver al útero o al paraíso donde otro se hace cargo de nosotros, aún irresponsables, y donde los proyectos y el trabajo no existen.

Y el tercer talento propio del ser humano al que aluden los textos es el potencial para decidir la acción, el trabajo que, previendo el futuro, lo forja, lo modifica o lo crea.

Imaginar una sociedad distinta puede ser una simple quimera, un sueño iluso, cuando no está asociado a tareas proporcionadas para su construcción, cuando se desarticula del compromiso con la obra. También aquí se hacen patentes las tentaciones de huida y el deseo escapista de renunciar a la mayoría de edad. Trabajar produce rechazo porque es la consecuencia del castigo divino y nunca los castigos se

asocian con el disfrute. Miradas las cosas con otra óptica, por el contrario, como consecuencia del propio desarrollo, el trabajo es una de las principales maneras como el individuo se expresa, como crea realidades, como modifica su entorno, como ejerce sus potencialidades, como se proyecta. Aquí aparece otra de las instigaciones contra el trabajo de construcción de una sociedad mejor: la inmensidad de la obra. Es tanto lo que hay por hacer que renunciamos al proyecto; son tantos los implicados que los compromisos personales se perciben como inútiles y la consecuencia es abstenerse de cualquier compromiso.

Así marchamos por la vida tan tranquilos, pensando en los problemas sociales como algo ajeno o lejano o independiente de nuestra acción, como un conjunto indomable de fuerzas de las cuales somos víctimas y no actores.

Confiamos en que los textos aquí presentados favorezcan la reflexión y contribuyan a que los comunicadores sociales ejerzan su labor profesional con rigurosidad y compromiso con el ordenamiento de un mundo más humano.

**Rodrigo Velasco Ortiz**

Decano Facultad de Comunicación Social

# La responsabilidad individual

La vuelta a la racionalidad de emisores y receptores

Francisco Gómez Nadal

## Individual Responsibility

The return to rationality for transmitters and receivers

### Abstract

The thesis substantiated in this article states that the journalist cannot attribute all current communications and quality problems to the media. To do this would mean eluding an obligatory professional and social responsibility. Likewise, there is no denying that citizens elude their social responsibility of thinking and as such, to search for quality information, and to distinguish between reliable and unreliable sources. The tendency toward a culture of effortlessness, the tremendous capacity for forgetfulness, and the insufficient professional profile of journalists, are all factors that help to paint a distorted and somewhat distressing picture of journalistic communications. The article emphasizes the need to reclaim the concept of social responsibility, using the individual to counter this culture of simulation, which makes what is real unreal, and interprets fiction as reality.

**Key words:** Journalism, individual responsibility, magical thought, receivers, simulation.

## La responsabilidad individual

La vuelta a la racionalidad de emisores y receptores

### Resumen

La tesis que se defiende en este artículo es que el periodista no puede achacar todos los problemas actuales de comunicación y de calidad a los medios. Eso sería eludir una responsabilidad profesional y social irrenunciable. Al igual, no hay que ocultarlo, que el ciudadano está eludiendo su responsabilidad social de pensar y, por lo tanto, de buscar información de calidad, de discriminar las fuentes de información válidas de las poco confiables. La cultura del facilismo, la tremenda capacidad de olvido y la precaria formación de los periodistas son componentes que ayudan a dibujar un mapa de las comunicaciones periodísticas distorsionado y, como mínimo, preocupante. El artículo urge a la necesidad de recuperar el viejo concepto de responsabilidad social, partiendo de lo individual, para contrarrestar esta cultura de la simulación que hace irreal lo real y dibuja a la ficción como realidad.

**Palabras clave:** Periodismo, responsabilidad individual, pensamiento mágico, receptores, simulación.

### Francisco Gómez Nadal

Periodista. Magíster en periodismo de *El País* (España). Ha trabajado en el periódico *El País* (España), dirigió el diario *La Tribuna* (Nicaragua) y colabora con medios escritos. Autor del libro de crónicas *Los muertos no hablan*. Actualmente, coordina el énfasis de Periodismo en la Facultad de Comunicación Social de la Universidad Autónoma de Bucaramanga y dirige el departamento de Producción de esta institución (Colombia).

Correo electrónico: fgomezn@unab.edu.co

## La responsabilidad individual

La vuelta a la racionalidad de emisores y receptores

Tiren a la basura de inmediato todos los manuales clásicos del periodismo. Renuncien a mostrar las diferencias entre géneros o estilos. Dejen de molestar a sus alumnos con el Análisis Crítico del Discurso. Busquen más bien el mando a distancia, hagan un puente con cables, conéctense a la red, abran un *chat* sobre medios, tecnifíquense ¡por Dios! Vuelvan al discurso bíblico para enseñar el “hasta que no lo veo no lo creo”, porque, efectivamente, ya no se trata de comprender, sino de “creer”. Un comentario muy escuchado el 11 de septiembre de 2001, minutos después de que el primer avión se estrellara contra una de las dos desaparecidas Torres Gemelas de Nueva York, fue: “No me lo puedo creer”. ¿Quién le dijo al espectador, al antiguo receptor, que la cosa era “creerse” el suceso? ¿Recuerdan aquellos tiempos en que el objetivo era comprender el suceso?

No considero que cualquier tiempo pasado fue mejor, pero sí defiendo que el tiempo enseña si el olvido no marca el compás. Y el olvido lo está marcando. Quizá es la velocidad de este momento histórico, al que se le atribuye la revolución de la información. O quizá es un proceso menos benigno, conectado necesariamente al enterramiento en vida del concepto de ideología, fundamentado de manera sólida al regreso y triunfo planificado del *pensamiento mágico* frente al *pensamiento crítico*. Estoy con Vicente Romano cuando explica que “el pensamiento mágico está basado en una realidad fragmentada y es este tipo de pensamiento el que le da la única unidad posible”, mientras que “el pensamiento crítico se realiza como toma de conciencia de la realidad plural” y requiere de un esfuerzo intelectual<sup>1</sup>.

El olvido no deja de ser una manera intencional de manipular la conciencia pública. Si el olvido esculpe la

---

<sup>1</sup>Romano, Vicente. *La Formación de la Mentalidad Sumisa*, Ediciones de la Catarata, Barcelona, 1993.

memoria colectiva, las posibilidades de moldear a esa sociedad son mayores. Resultado, mayores oportunidades para la publicidad, para los nuevos líderes catódicos, para el aislamiento del pensamiento. Recuerden, curioso verbo este, que el discurso de los nuevos salvadores de almas es que hay que disfrutar el momento: recordar o proyectar son pecados que llevan al sufrimiento y, el sufrimiento, en esta sociedad del entretenimiento que busca un estado de inconsciencia onírico, está prohibido.

El olvido, en este momento, no deja de ser una mala copia de la dinámica del *zapeo* frente al aparato de televisión. La imagen fragmentada, a una velocidad inaudita, provoca olvido de la imagen anterior, del mensaje. El olvido de nuestra época, es el olvido catódico y el contagio al resto de medios de comunicación masivos, especialmente a los escritos, es preocupante. Si se suma el contagio de la epidemia *audiovisual-cibernética* al discurso *santurrón* de la mediación sin mediar –hacer de puente pero sin ayudar a pasar el río–, la doctrina que reciben los nuevos periodistas y los nuevos receptores es la de la *neutralidad suiza*: “No veo, no sé, sólo registro, sólo leo”.

¿Es válida la lectura sin intencionalidad? ¿Es la intencionalidad un tipo de opinión necesariamente? ¿El cambio de conceptos como información, veracidad o actualidad deben ser asumidos sin rechistar? ¿Hay posibilidad de resistencia ante este panorama?

### Los paradigmas

¿Recuerdan? *Información* era la transmisión de datos, testimonios, contexto, es decir, todos aquellos elementos que permitían al receptor armarse de argumentos para, a la hora de decodificar el mensaje, formarse una opinión que, al final, revertía en la conformación de una opinión pública sólida. El concepto de *actualidad* incluía el interés público, la cercanía histórica, cultural y/o espacial, la relevancia del

hecho, la pertinencia social... Lo *veraz*, si mal no recuerdo, era aquello comprobable, objetivable, si no objetivo.

Pero, tal y como nos está recordando de manera insistente Ignacio Ramonet, ‘gracias’ a la influencia de la televisión, ahora veracidad es todo aquello que el receptor puede ver en imágenes (es decir que un documento desclasificado de la CIA pierde su peso informativo si no lo podemos *pintar* con imágenes de recurso, o un grueso informe del Fondo Monetario Internacional pierde interés porque *no se mueve*); actualidad es todo aquello que podemos transmitir en ‘tiempo real’ y el acto de informar se limita ya a la descripción. “Informar es ahora mostrar la historia en marcha o, más concretamente, asistir en directo al acontecimiento. La imagen (o la descripción) basta para darle significación a un suceso”<sup>2</sup>.

Este cambio de paradigmas se acoge en un cierto puritanismo periodístico (gracias a la influencia, entre otros, de Walter Lippmann en el periodismo norteamericano<sup>3</sup>). La honestidad intelectual que había roto el corsé del concepto de objetividad ahora ha sido derrocada por una especie de asepsia quirúrgica. Vemos y contamos... o mejor: transmitimos, porque al contar podemos contaminar el suceso y el receptor, recuerden, ahora prefiere ver el bombardeo en directo antes que conocer las respuestas a preguntas clásicas del periodismo (¿Quién lo está haciendo? ¿Por qué lo está haciendo? ¿En qué momento –histórico, político, etc– lo está haciendo?, y así una larga ristra de incómodas cuestiones). Es importante en este punto dejar claro que el análisis, la información crítica no puede ser equiparada a la opinión. El periodista no opina (para eso están los columnistas y editorialistas), pero sí *mastica* la información hasta que le ofrece los elementos de juicio necesarios al receptor. Es incómoda la frontera entre análisis y opinión, pero esta

<sup>2</sup> Ramonet, Ignacio. *Cómo nos venden la moto*, 1999, Icaria, Barcelona.

<sup>3</sup> Libros como *Opinión Pública* (1922) señalaron la importancia de que el periodista “transmitiera información” y se olvidara de fomentar la discusión social sobre los temas que trataba.



exigencia es necesaria para ejercer un periodismo responsable que sepa dónde están los límites, cuándo se deja de *masticar* y se pasa a *escupir*.

El hecho es que en la mayoría de redacciones periodísticas buena parte del trabajo se limita a reciclar ‘notas de prensa’ enviadas por los temibles departamentos de prensa de instituciones públicas o privadas, y, cuando se sale de la redacción, o se va a conferencias de prensa –que no dejan de ser un comunicado de prensa con rostro- o se cubre la guerra en bus, guiados por los propios protagonistas del conflicto en un *tour* organizado por el horror del enemigo. Como indica Guido Fernández, “la sala de redacción no es un centro propulsor de ideas noticiosas, sino el canasto a donde llegan las consejas, especulaciones, rumores, boletines e informes. La sala de redacción es como una descomunal notaría pública en la que se registran todos los eventos que los interesados quieren destacar. ¡El oficio de periodista tiende a parecerse tanto al de escribano! (...) uno se pregunta si merece la pena una carrera universitaria para terminar en la función de meros reproductores de una adocenada, inconsistente y arbitraria concatenación de hechos, en vez de ser analistas e intérpretes de la realidad que nos circunda”<sup>4</sup>.

Normalmente, el reportero se escuda en la ‘dictadura’ del jefe de redacción, o en el esquema de poder de los medios. Todo eso es cierto, un análisis básico de la propiedad en los medios de comunicación de masas los conecta directamente con los grandes grupos económicos y políticos de este mundo ‘globalizado’. Pero la tesis que defiende es que achacar todo a los medios es eludir una responsabilidad profesional y social irrenunciable. Al igual, no hay que ocultarlo, que el ciudadano está eludiendo su responsabilidad social de pensar y, por lo tanto, de buscar información de calidad, de discriminar las fuentes de información válidas, de las poco confiables.

<sup>4</sup> Fernández, Guido. *Agonía a la hora de cierre*, 1994, Trillas / Universidad Internacional de Florida, México.

No estoy de acuerdo pues con la afirmación de Romano, quien cree que “carece de sentido matar al mensajero, criticar al reportero de televisión, porque no es él quien ha forjado su mente”. Ciertamente es que la escuela, la familia, los medios de comunicación, ejercen una “manipulación de cerebros”, como lo definió Herbert Schiller<sup>5</sup>, pero esos cerebros no pueden renunciar de una manera irresponsable al deber de resistir, de pensar, de confrontar, de defender los espacios de libertad conquistados a lo largo de la historia y que, hoy en día, están en peligro de fosilizarse en los andenes de las autopistas de la información.

### La tentación de lo fácil

Si comenzamos a pensar en el receptor, el miedo de los comunicólogos clásicos a la falta de retroalimentación, a la unidireccionalidad del mensaje, es un temor infantil al lado del peligro que supone el predominio del canal (y por lo tanto de la técnica) y a la falta de pensamiento crítico en un receptor embrutecido que tiene pánico al esfuerzo, al dolor y a su propia alma. Es indiferente que la comunicación sea de doble vía si no hay nada de interés *viajando* por dicha vía.

Dice el poeta Rymel Serrano<sup>6</sup> que “sólo tiene alma quien decide tenerla”. Es un acto de autodeterminación complejo, que supone asumir el dolor como parte de la vida, y creer en terrenos síquicos más allá de los físicos. El alma del receptor, en nuestro caso, debe estar conformada por sensaciones, pero también por razones. La cultura del entretenimiento explota el reinado de la sensación y minimiza la importancia de la razón. Pero el alma del receptor debe estar armada de razones para comprender el complejo mundo circundante.

<sup>5</sup> Schiller, Herbert. *Los manipuladores de cerebros*, 1979, Gedisa, Barcelona. El libro de Schiller es un clásico de la historia crítica del periodismo y analiza el papel de la televisión en Estados Unidos en las décadas de los 60 y 70.

<sup>6</sup> El poeta Serrano hizo esta afirmación en un debate sobre Periodismo y estética realizado en Bucaramanga alrededor de un texto de William Ospina.

Pero... ¿quiere el receptor comprender el mundo circundante? ¿No está primando el discurso individualista y sensiblero de que lo único que importa es el entorno más cercano y los sentimientos personales? Karl Mannheim, discípulo de Weber, señalaba que “un hombre para el que no existe nada más allá de su situación inmediata no es plenamente humano”<sup>7</sup>.

El aislamiento, definiendo, es fruto de la fragmentación de la información, y, por lo tanto, del fin del comportamiento social. La comunicación como disciplina, el periodismo, nació de un ser social preocupado de saber, de comprender y de relacionarse. La información periodística le daba herramientas para ejercer ese papel social. Cuando desaparece la necesidad de interactuar, muere el interés por la información. Como sostenía el escritor italiano Antonio Tabucchi, hemos pasado de la ciudad teatro, en la que cada ciudadano tenía un papel a desarrollar en espacios públicos —espacios de discusión al fin—, a la ciudad cine, en la que la persona observa el espectáculo y no participa. Opinamos sobre el resultado de las cosas —como en un encuentro deportivo— pero no interferimos en su desarrollo.

El predominio del mercado sobre la construcción social fragmenta y transforma todo acto comunitario en una transacción mercantilista. “Más pronto o más tarde el mercado tiende a absorber. Ejerce una presión casi irresistible sobre todas las actividades para que se justifiquen en los únicos términos que reconoce: convertirse en una propuesta de negocios, producir beneficios, cumplir los mínimos aceptables. Convierte las noticias en diversión, el saber en carrera profesional, el trabajo social en gestión científica de la pobreza”<sup>8</sup>. En este contexto, pensar críticamente es improductivo. Comprender el funcionamiento de

<sup>7</sup> Karl Mannheim hacía esta afirmación en su ensayo *La democratización de la cultura*, escrito en 1932. ¡Cuánto tiempo y qué poco se aprende del sedimento intelectual de la historia!

<sup>8</sup> Lash, Christopher. *La rebelión de las élites y la traición a la democracia*, 1996, Paidós, Barcelona.

las cosas es una amenaza contra el mercado. La especialización de los saberes evita el juicio público ya que... cómo se atreve un no especialista a cuestionar el mensaje de un ‘científico’.

Los periodistas renuncian a la labor de análisis e invitan a los estudios a supuestos especialistas que no pueden ser cuestionados. El ciudadano, que no es especialista en la información, renuncia a cuestionarla ya que recibe a diario el mensaje de que sería irresponsable contradecir la voz del experto que resume su tesis en entrevistas de no más de siete minutos.

Esta autorrenuncia a un derecho básico del ser humano, junto al triunfo de la imagen sobre el lenguaje, nos lleva a un facilismo receptor que abre el camino a la manipulación directa de los símbolos. Como explica Harry Pross, “la imagen habla de los sentimientos, algo que no alcanza directamente el informe lingüístico continuado. El lenguaje como vehículo del pensamiento discursivo libera fuerzas del conocimiento distintas a la imagen y los gestos. La imagen y el lenguaje pertenecen a simbolismos distintos”<sup>9</sup>.

El imperio de la imagen deja sin desencadenar fenómenos de la razón necesarios para la comprensión de nuestro entorno cercano y lejano. Apelar permanentemente a las emociones y a las sensaciones (viejo juego practicado por la publicidad y la propaganda) se ha convertido en técnica habitual de los generadores y difusores de información. Y el receptor se ha abandonado a este mundo de emociones sin rechistar, anclado al sofá. Sin plantearse la gravedad de tal renuncia.

Si a todo este imperio visual sumamos el déficit de debate en nuestra sociedad, el cóctel es mortal para el receptor, para el ciudadano-espectador. ¿Para qué formarse, para qué pensar, si no hay espacios de debate público en los que utilizar nuestros saberes? ¿Para qué ser brillante intelectualmente si ya no está de moda? El espectador es así más

<sup>9</sup> Pross, Harry. *La violencia de los símbolos sociales*. 1989. Anthropos (Barcelona).

espectador que nunca, más pasivo que nunca. Habrá argumentos que contradigan esta hipótesis, apoyándose en que no conocemos período histórico con más flujo de información que el actual. Pero...¿es suficiente recibir información?

Lash asegura que “lo que hace que la gente esté poco informada no es el sistema escolar –por malo que sea– sino la decadencia de la discusión pública, a pesar de las maravillas de la era de la información. Cuando la discusión se convierte en un arte perdido, la información, aunque esté plenamente disponible, no causa impresión alguna”<sup>10</sup>. Y es que, si no hemos discutido públicamente, si no hemos confrontado nuestros presaberes sobre un asunto, cómo buscamos la información que nos falta, cómo sabemos las preguntas que debemos realizar a los medios para llenar los vacíos de los que ni siquiera somos conscientes. Dice Jung que “el hombre se acostumbra a todo, siempre y cuando alcance el apropiado grado de sumisión”. Prefiero compartir el análisis cuasi *naif* de Germán Arciniegas, quien, en el prólogo a su obra cumbre de la década del cincuenta *Entre la libertad y el miedo*, asegura que “cuanto más difícil se vuelve la posibilidad de comunicarse, de discutir, más se aviva el deseo de libertad”<sup>11</sup>. ¿Será así?

### Víctimas y verdugos

En este entramado de cosas, el periodista es víctima y verdugo. Víctima porque es parte de la masa de ciudadanos educados en un esquema de sumisión intelectual, porque su cultura actual parte, al igual que en la mayoría de la población, de los impactos mediáticos audiovisuales, porque las cadenas de televisión globales (como la CNN, MTV o Sky) han sido su escuela de la vida y su principal fuente de

<sup>10</sup> *Ibid.*

<sup>11</sup> Arciniegas, Germán. *Entre la libertad y el miedo*, 1996, Planeta, Bogotá.

información –en este último caso viene bien aclarar que, aunque este personaje nunca haya visto las cadenas globales, la influencia existe ya que se instaló la mala costumbre entre el resto de medios de poner en la agenda de la actualidad solamente aquellos temas tratados desde estos medios planetarios.

¿Es especial el periodista? No, ha sufrido el mismo sistema y su actitud, probablemente, ha sido tan pasiva y tan *emocional* como la del resto de receptores. Las escuelas o facultades de *Comunicación* no han hecho mucho por contrarrestar estas realidades y se han volcado frenéticamente en la carrera del tecnicismo, de la falsa *modernidad*. Se enseñan las herramientas (computadores, mesas de edición, cámaras digitales, software multimedial...), pero, a menudo, no se trabaja el análisis crítico, no se discute sobre coyunturas políticas, no se ahonda en las historias de la Historia, no se *pierde tiempo* en provocar el pensamiento activo... Se reproduce el esquema de los medios: el alumno asiste pasivo a cinco años en los que una serie de saberes convertidos en carrera profesional (¿recuerdan?) pasan por delante de él pero no permean, no dejan huella en el yo consciente, en el homo sapiente que algún día debió comenzar a ser.

Pero si es víctima, yo diría que es antes verdugo. El periodista elige serlo, pero la sociedad no vigila su desempeño. En palabras de Miguel Ángel Bastenier, la sociedad se protege con diferentes filtros y selecciona a sus futuros abogados, médicos o arquitectos, pero no tiene mecanismos de protección ante los futuros periodistas<sup>12</sup>. Por eso, ante la confianza tácita depositada en él, el periodista debe obligarse al ejercicio responsable y a la defensa de ciertos parámetros irrenunciables de la profesión.

Escudarse en el medio es, cuando menos, cuestionable desde el punto de vista deontológico. “Los periodistas no forman un cuerpo homogéneo. Existen opiniones enfrentadas y mucho debate. Es una profesión que hoy exige un enorme

<sup>12</sup> Bastenier, Miguel Ángel. *El blanco móvil*, 2001, Ediciones El País, Madrid.

trabajo. Además, los periodistas son ciudadanos, y grandes consumidores de medios de comunicación, más que las demás personas. (...) Hay una toma de conciencia colectiva, pero ¿existe una responsabilidad?”, se pregunta Ramonet<sup>13</sup>.

Defiendo que la única manera de ejercer esa debida responsabilidad es con la *hiperformación* del periodista. Vemos las lagunas con las que salen los nuevos profesionales al enjambre de medios y de intereses empresariales, políticos y sociales. Lagunas que van desde la historia a la sociología, desde la economía a la política. En clases de periodismo de Colombia podemos escuchar a alumnos decir que no les interesa la política, como cualquier ciudadano asqueado de la corrupción o de la politiquería. ¡Qué problema! Resulta que no es un ciudadano normal.

Las únicas armas que tiene el reportero para resistir a su medio o a su *redactor jefe-ejecutivo empresarial* es la formación, los argumentos. El periodista, en muchas ocasiones, balbucea excusas ante su jefe directo, no sabe explicar la intencionalidad de su trabajo o, más grave, no sabe por qué ha hecho las cosas. Del ignorante siempre se ha aprovechado el poder. El problema es cuando el ignorante tiene el pesado trabajo de informar a la opinión pública.

La rueda del despropósito se completa con la estrategia de los medios de comunicación de ahorrar presupuesto en la plantilla periodística. Eso lleva a contratar a periodistas muy jóvenes, con poca experiencia y sin el acompañamiento del viejo profesional (porque, como en los oficios artesanales, en el periodismo hay una tradición de aprendizaje junto al *maestro*, no junto al maestro contaminante, sino al ejemplificador). Dueños de las redacciones de los diarios, las emisoras y los canales de medianas y pequeñas ciudades, estos jóvenes no aceptan críticas. Se blindan en la negativa para ocultar sus lagunas y, al fin, sus artículos o piezas, naufragan estrepitosamente. Tienen suerte: ante una

<sup>13</sup> Ramonet, Ignacio. *Los periodistas están en vías de extinción*, artículo publicado en la revista Número 32, marzo 2002, Bogotá.

opinión pública cada vez menos formada, muchos de sus errores pasan desapercibidos. Sin embargo, su error sí deja una marca indeleble: termina de apuntalar a una opinión pública sin criterio porque los elementos que lo conforman son errados.

## Conclusión

El panorama es éste: medios centrados en el entretenimiento como industria que maneja la información como mercancía (lo que no vende, lo que no entretiene, no vale), periodistas con graves déficits de conocimiento tratando de desenmarañar realidades cada día más complejas; y receptores que buscan el refugio de la televisión y de los medios electrónicos para poder no-pensar cuando llegan cansados a sus hogares. El triángulo es peligroso y fomenta el triunfo del *pensamiento mágico* frente al *pensamiento crítico*. Soluciones de largo plazo se han propuesto (formación crítica de lectura de medios en los colegios, reconstrucción de la prensa de opinión para generar diversas fuentes de información, repensar los currículos de las escuelas de periodismo, etc...), pero este momento histórico avanza muy rápido y existe la posibilidad de que todos los parches lleguen cuando la balsa esté hundida.

Por estas razones, hago una defensa de la responsabilidad individual de los periodistas en ejercicio y aquellos que están a punto de abandonar la burbuja académica. Quizá es un poco iluso el planteamiento, pero me parece realista, posible, si se retoma cierta dignidad profesional, una defensa clara y contundente de la democracia, es decir, de la discusión pública. Si fomentamos los espacios de discusión, si retomamos cierto carácter histórico de resistencia que tenía el periodismo, podemos rearmar la bolsa de argumentos. La confianza en un giro del sistema educativo o del entramado empresarial mediático sí me parece a todas luces ingenua e improbable.

Las siete trampas capitales  
contra el periodista  
(y el buen periodismo)

Juan Gonzalo Betancur B.

## The seven main traps journalists (and good journalism) fall into

### Abstract

For a journalist, the task of reporting on an armed conflict implies working on a hostile topic and in hostile territory, both of which are filled with traps designed to manipulate or prevent the writing of accurate information. This is a reflection on certain difficulties encountered when covering Colombia's internal struggle. It explains that the journalist must be aware of and reveal how so many situations within this conflict are political and propagandist at the root, so that he can avoid becoming the unwitting 'tool' of those involved in the war.

**Key words:** Journalism and armed conflict, propaganda, psychological warfare.

## Las siete trampas capitales contra el periodista (y el buen periodismo)

### Resumen

Para un periodista, informar sobre un conflicto armado implica trabajar sobre un terreno y una temática hostiles, llenos de trampas puestas para manipularlo o para impedir que elabore una buena información. Esta es una reflexión sobre algunas dificultades que tiene el cubrimiento de la guerra interna de Colombia. Se explica cómo demasiadas situaciones de esta confrontación tienen un trasfondo político y propagandístico que debe conocer o develar el periodista para evitar convertirse, sin quererlo, en un 'idiota útil' de los actores de la guerra.

**Palabras clave:** Periodismo y conflicto armado, propaganda, guerra psicológica.

### Juan Gonzalo Betancur B.

Comunicador Social-Periodista egresado de la Universidad Pontificia Bolivariana (Medellín). Durante diez años fue reportero del periódico *El Colombiano*, siete de ellos especializado en manejo de información sobre violencia y conflicto armado; en ese diario fue editor de la sección Antioquia. Tiene posgrados en Análisis Político y del Estado, de la Universidad Autónoma Latinoamericana (Medellín); y en Comunicación y Conflictos Armados, de la Universidad Complutense (Madrid). Actualmente es profesor de periodismo en la Universidad Autónoma de Bucaramanga.

Correo electrónico: juango@unab.edu.co

## Las siete trampas capitales contra el periodista (y el buen periodismo)

En 1997, a los sacerdotes de la Diócesis de Apartadó, en la región de Urabá (noroccidente de Colombia, en límites con Panamá), les impresionó la forma en que algunos campesinos que llegaban desplazados de las selvas del departamento del Chocó se referían a los paramilitares que los habían sacado de sus tierras. Les decían a los curas: “¡Padre, es que son personas como nosotros!”.

Muchos de esos campesinos habían oído demasiado acerca de los paramilitares; historias de terror sin duda verdaderas, pero también otras distorsionadas, no se sabe por qué, quién, ni si fue en forma inconsciente o provocada. Lo cierto es que hubo algunos que, al saber que llegaban los *paracos*, se imaginaron que se trataba de monstruos, de seres gigantes, peludos, con garras y colmillos, y se sorprendieron al ver que, físicamente, eran idénticos a cualquier colono.

Es posible entonces que al otro lado de la misma selva, en el lado panameño, otros habitantes posean ideas parecidas. Y que en otros sitios del planeta piensen igual no sólo de paramilitares o guerrilleros sino, por extensión, de todos los colombianos.

Ciertamente, esos hombres de la guerra han cometido y siguen cometiendo actos en extremo salvajes que sólo pueden recibir el calificativo de monstruosos. Pero lo que quiero resaltar con esta anécdota es cómo hay unas imágenes de los enemigos o de los potenciales enemigos, que en ocasiones no corresponden a lo que realmente son.

Parte de esas imágenes mentales que se empiezan a crear son resultado de procesos muy bien pensados que se inscriben dentro de acciones de propaganda y de guerra psicológica, como parte de la gran estrategia de cada uno de los bandos para ganar la confrontación a como dé lugar. Otras imágenes son creadas por el establecimiento, a través

de líderes de opinión –gobernantes, columnistas, políticos, empresarios–, que las ponen a circular y las reiteran hasta la saciedad con fines diversos. En ambos casos, para su difusión masiva se valen de los medios de información. Y existen otras más que surgen desde abajo, desde la propia ciudadanía, y que en sus comienzos se propagan por canales informales como el rumor, el comentario y en general la comunicación interpersonal.

Raúl Sohr, en su libro *Las guerras que nos esperan: EEUU ataca*, explica que esa situación se produce en las zonas de combate, en los diferentes niveles de los gobiernos y en el “espíritu de los ciudadanos” como parte de procesos circunstanciales o deliberados: “En todo conflicto un grueso velo obstruye la visión. Las autoridades de cada bando emiten información engañosa para encubrir sus verdaderas intenciones. La vieja maquinaria de propaganda ha evolucionado para convertirse en el refinado arte de la *guerra sicológica*. Los antecedentes considerados dañinos se censuran. La parcialidad brota de modo natural, estimulada por sentimientos patrióticos o ideológicos. Cunden los rumores, intencionados o ingenuos. Las comunicaciones se tornan difíciles y se multiplican los errores de transmisión. Las versiones fantasiosas alzan el vuelo en situaciones de tensión en que la verificación es imposible. Este es el ambiente adverso a la verdad –olvidemos rigurosidad– en que transcurren los momentos críticos en las guerras”<sup>1</sup>.

Bien sabido es que todas las guerras, y los intereses que hay tras ellas, actúan no sólo en los campos de batalla sino en el plano de los significados, con los medios masivos de información como instrumentos para llegar a la mente de las personas. Alvin y Heidi Toffler lo advirtieron en 1995 cuando en su texto *Las guerras del futuro*, dijeron: “Quienes más se esfuerzan por reflexionar acerca de la guerra en el futuro, saben que algunos de los combates más importantes

<sup>1</sup> Sohr, Raúl. *Las guerras que nos esperan: EEUU ataca*, Ediciones B, tercera edición, Santiago de Chile, 2002. 318 págs.

de hoy y del mañana se desarrollan y se desarrollarán en el campo de batalla de los medios de comunicación”<sup>2</sup>.

Para ayudar a cualquier proceso de solución pacífica y negociada del conflicto armado colombiano se requiere la construcción de imaginarios positivos hacia la reconciliación nacional. Imágenes y conceptos distintos a esos arquetipos distanciadores sobre la salida negociada a la guerra interna que vivimos, algunos de moda en Colombia y que han tomado inusitado auge aquí ante la frustración de diversos sectores de la sociedad tras el fracaso en las negociaciones de paz con la guerrilla, en especial con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc).

La construcción de esos imaginarios debe ser un proceso perfectamente consciente dentro de los medios informativos, para que las imágenes que ellos crean con sus informaciones se conviertan en dinamizadoras y no en obstáculos al entendimiento mutuo, y para dar claridad a tanto hecho “confuso”.

### Atravesando un campo minado

Cuando se juega con palabras y con herramientas que producen significados, como lo hacemos los periodistas, hay que tener mucho cuidado. En especial si se habla de un conflicto, si se está en una zona que lo vive o si la confrontación está cerca, pues a diario se camina por un campo lleno de trampas.

Algunas de esas trampas, como las llamo aquí, son puestas en forma consciente por todos los sectores involucrados en la confrontación (incluyendo, por supuesto, al mismo Estado). Otras *se las ponen* los propios periodistas o sus medios, debido a su incapacidad personal o a su mala organización empresarial.

<sup>2</sup> Toffler, Alvin y Heidi. *Las guerras del futuro*, Editorial Plaza & Janés, Madrid, 1991.



### Trampa 1: Desconocer la historia

Lleva a la equivocada posición de creer que los conflictos surgieron por generación espontánea. Y para el caso colombiano, que aparecieron sólo porque hay unos “malos” empeñados en acabar con “los buenos”; que esos malos son así porque simplemente quieren destruir todo y que las soluciones son simples, por lo que tendrían que darse rápido.

Las raíces del problema colombiano son tan hondas y su desarrollo actual está determinado por tantos factores (exclusión política, narcotráfico, ausencia de Estado, corrupción, crisis del modelo económico) que es necesario insistir mucho en las informaciones acerca de dos cosas: cómo todos esos elementos influyen en tan caótica situación, y cómo las soluciones son difíciles y por lo tanto demoradas.

Esa mezcla de factores es lo que Iván Orozco Abad llamó el “ensuciamiento del conflicto colombiano”, es decir, cuando todas las violencias empezaron a mezclarse y a retroalimentarse, hasta generar la confusión actual en la que se diluyen los límites si se quiere propios de los fenómenos y del accionar de los grupos armados. Así lo explica el autor mencionado en su libro *Combatientes, rebeldes y terroristas - Guerra y derecho en Colombia*:

La Colombia de hoy padece una situación de violencia que podemos caracterizar, con Daniel Pécaut, como de “violencia generalizada”. No encontramos en nuestro país una situación de guerra civil abierta, en el sentido de un conflicto bipolar, que aglutine en sus extremos al conjunto de la población sino una violencia fragmentaria y compleja, en la cual una pluralidad de actores armados intervienen recíprocamente. Colombia, sobre todo a partir del ingreso masivo del narcotráfico en la vida política del campo, ha vivido un proceso de marcada feudalización político-militar. Entre nosotros hay señores patrimoniales que son, simultáneamente, ‘señores de la guerra’. Es así como se habla de ‘la guerra de Pablo’, de ‘la guerra de Víctor’, etc., como de una pluralidad de guerras

privadas que responden a lógicas que se entrelazan y se interfieren con otras violencias. Los mismos aparatos del Estado, en cuanto involucrados en conflictos regionales y locales, han resultado, parcialmente, privatizados a través de la corrupción.

De otro lado, la interferencia recíproca de la violencia ha determinado un ensuciamiento creciente de los conflictos. Entre nosotros, la guerra es una guerra sucia compartida. Desde el punto de vista del Estado, la suciedad del conflicto se manifiesta sobre todo en una doble tendencia creciente hacia la bandolerización de la delincuencia política y hacia la politización de la delincuencia común.

Si a este escenario de violencias organizadas le agregamos el mar inmenso de la delincuencia común desestructurada que asola a nuestras ciudades y campos, entonces tenemos por lo menos en sus pinceladas más gruesas el cuadro de fondo que sirve de coreografía al conflicto entre el Estado y el para-Estado, de un lado, y las guerrillas, del otro<sup>3</sup>.

Que los periodistas conozcan y entiendan la historia real de Colombia y de la guerra que vive es vital: aquellos que están informando para otro país, como los corresponsales, para que elaboren mensajes que ayuden a comprender el problema colombiano desde su dimensión histórica y coyuntural, y no generen entre su público nuevas distorsiones que a la postre se conviertan en una dificultad más de cara a un proceso de apoyo internacional. Y los que están cubriendo los hechos dentro del propio territorio nacional, para que hagan informaciones que permitan a la ciudadanía entender que los grupos armados tienen lógicas diferentes producto de su historia, intereses diversos y posturas opuestas, por lo que las soluciones, es decir las negociaciones (lo que se ha llamado en forma genérica “el proceso de paz”), no van a ser rápidas, así todos lo queramos.

<sup>3</sup> Orozco Abad, Iván. *Combatientes, rebeldes y terroristas - Guerra y Derecho en Colombia*, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Colombia, Editorial Temis, Santafé de Bogotá, 1992. 327 págs.

Destaco esto último porque, aún existiendo esas contradicciones entre Estado, guerrilla y paramilitares; aún los repetidos hechos de guerra y los pocos de paz; aún las masacres, los secuestros, las extorsiones, hay que insistir en la solución negociada del conflicto porque una alternativa estrictamente militar tendría efectos devastadores sobre todo el país y sobre las regiones fronterizas de las naciones vecinas.

### **Trampa 2: No entender el contexto en el que se desarrolla el conflicto**

Es la forma más habitual de perderse y hacer perder a los lectores, radioescuchas o telespectadores. Carecer del conocimiento mínimo de todos los elementos políticos, sociales, económicos y hasta culturales que se conjugan en una región o en un momento específico de la historia (y de la confrontación), impide explicar el por qué de las acciones bélicas.

Porque cuando ocurre un ataque guerrillero o paramilitar contra un municipio, por ejemplo, la explicación más recurrente que presentan la mayoría de periodistas es que “el pueblo ya estaba amenazado”. Y santo remedio. En casos como ese hay que profundizar hasta llegar a puntos tales como la importancia estratégica que puede tener ese pueblo o ese lugar específico de la geografía.

Un caso patético en ese sentido ocurrió en la zona fronteriza colombo-venezolana a mediados de 1999, cuando empezaron las masacres de las Autodefensas Unidas de Colombia en la zona de La Gabarra, departamento de Norte de Santander. Los primeros cubrimientos se limitaban a dar cuenta de los muertos, las viudas y los desplazados, datos absolutamente necesarios, claro está. Y parecía, para el resto del país, una situación extraña porque allí supuestamente no había conflicto armado, no era una *zona roja*.

Pero la explicación de que eso respondía, además de acabar con la guerrilla, a una estrategia para quedarse con

el negocio de la coca en la región para las autodefensas financiarse, a la vez de debilitar las arcas de los insurgentes, sólo empezó a darse unas semanas después cuando iban ya más de 50 muertos.

El periodista que cubre el conflicto colombiano debe entender que la guerra no es idéntica en todo el territorio nacional, que el accionar de un mismo grupo armado –llámese guerrilla o paramilitares– puede ser muy distinto en dos sitios del país porque hay intereses militares o políticos diferentes, o condiciones regionales específicas que así lo obligan.

En otras palabras, los modelos interpretativos usados por la prensa para elaborar informaciones no pueden homogenizar esta confrontación como si se tratara del mismo fenómeno en toda Colombia: lo que es común son los muertos, desplazados y métodos de terror; lo que puede ser diverso es el tipo de intereses que hay detrás de esas acciones de barbarie en cada punto de la geografía nacional.

Porque, como lo explica el politólogo William Restrepo Riaza en un capítulo del libro *Conflicto armado, violencia y terrorismo en Colombia*, “De una guerra que original e históricamente se definía dentro de los modelos clásicos de la lucha guerrillera de vanguardia, localizada, y de actores armados específicos, se ha dado un salto a un proceso heterogéneo y complejo, que supera el marco social y espacial que la determinan”<sup>4</sup>.

Caer en la trampa de no dominar el contexto local y regional en que se dan los hechos de violencia hace que el periodista no explique el por qué de lo que ocurre, que no rodee sus mensajes de interpretación y contenido que valga la pena, y que, finalmente, se convierta en un simple transmisor de lo evidente.

<sup>4</sup> Guerra, *violencia y terrorismo en Colombia*, Alejo Vargas Velásquez (compilador), Universidad Nacional de Colombia, Santafé de Bogotá, 1999. 312 págs.

### Trampa 3: Reproducir estereotipos y no medir el sentido del lenguaje

La simplificación que representa acudir a estereotipos no sólo es muestra de estrechez mental del periodista y del medio para el cual trabaja sino de su pereza intelectual. Significa desconocimiento de las realidades y de las personas. Evidencia ganas de perpetuar ideas preconcebidas para no espantar a lectores y anunciantes, para reforzarles sus temores o certezas. Es facilismo puro y duro.

Los estereotipos aparecen a diario en las noticias y están metidos desde la simplificación de los titulares hasta en las florituras que traen esas crónicas romanticonas hechas con la pretensión de ser literarias. Salir de ese esquema implica meterse en una lucha interna dentro del medio porque, ¿cómo romper con ellos, cuando a muchos editores y directores de medios les encantan tanto como los pasabocas de los cocteles?

Y del problema del lenguaje, ni se diga. Creo que lo más grave es el uso de terminologías incorrectas, de expresiones que reproducen el clima de agresión o que son propias de los actores armados (y cuando hablo de actores, uso el término según el Derecho Internacional Humanitario, por lo que incluyo ahí a las Fuerzas Armadas del Estado). En este sentido, expresiones como “cuadrillas”, “terroristas de las Farc y el Eln”, “autodefensas ilegales”, “el Ejército y sus bandas paramilitares” –expresiones que usan en forma permanente en declaraciones y documentos esos mismos actores armados para referirse a sus contrarios– están cargadas de un contenido político y propagandístico muy alto que muchas veces no corresponden en su totalidad frente a lo que realmente son.

Al respecto, hay que señalar que una cosa es que un militar, un guerrillero o un autodefensa se refiera de una manera sobre sus enemigos y otra bien distinta que el periodista hable igual a como lo hace ese combatiente. Ese militar, ese guerrillero y ese autodefensa por supuesto que es entendible que se refiera de esa forma a quienes combate

porque sabe que son sus antagonistas a los que hay que destruir. Y cuando habla de esa forma tiene muy claro que el lenguaje es una de sus herramientas de guerra, que usa como una eficaz arma de cara a la opinión pública. Si el periodista debe utilizar ese pronunciamento porque tiene un sentido noticioso, así esté cargado de significados negativos hacia otro bando, pues lo debe incorporar en su información. Lo que no considero correcto es que dentro del texto propio que él como emisor elabora, y en el cual goza de un espacio de autonomía personal, el periodista reproduzca ese lenguaje belicista o con carga ideológica empleado por la fuente, cualquiera que ella sea.

Lo otro grave en relación con la terminología es el significado distinto que tiene una misma palabra o concepto para los diferentes bandos en contienda. Su uso reiterado en uno u otro sentido, obviamente lleva implícito un componente político determinado, según los intereses de ese emisor. Por ejemplo, ni guerrilla ni paramilitares utilizan jamás la palabra *vacuna* para hablar de las extorsiones que realizan, así estén disfrazadas con argumentos como el aporte para la “revolución” o la “toma del poder” por parte de los primeros, o la “seguridad” que ofrecen los segundos. Es por eso que, para referirse al citado cobro de dinero, los grupos insurgentes hablan de *impuesto revolucionario* y las organizaciones de contrainsurgencia prefieren usar la palabra *contribución*.

Lo más grave de este asunto del lenguaje es que de tanto utilizarse en forma equivocada, de manera consciente o inconsciente, algunas palabras van perdiendo su significado inicial, que es el real, y pasan a significar otras cosas. Por ejemplo: según el Código Penal Colombiano, *retención* es el “arresto o detención preventiva que puede ser practicado por autoridades de Policía”, según explica el *Manual para cubrir la guerra y la paz*, un texto muy práctico que analiza, entre otros asuntos, qué significan en realidad los conceptos y términos más comunes usados dentro de la guerra interna colombiana. Ese mismo libro explica que “en Colombia, la

guerrilla suele utilizar el término 'retención' en lugar de secuestro, especialmente cuando se trata de periodistas, ciudadanos extranjeros o personas que ocupan cargos o posiciones influyentes"<sup>5</sup>. Pese a ello, muchos periodistas, y por extensión los ciudadanos rasos destinatarios de esos mensajes, terminan usando palabras de una u otra manera, sin precisión conceptual y, sin quererlo, dando validez a las posturas de los actores armados.

Todo esto, vuelvo a lo explicado, genera distorsiones y hasta ambientes poco propicios para la negociación o para entender en el otro una dimensión política de sus actos, incluso dentro de aquellos que se clasifican como terrorismo.

#### Trampa 4: Caer en las redes de la propaganda

Todos los grupos armados, y también el mismo Estado, son especialistas en generar hechos de propaganda, contra-propaganda y desinformación. Lo tienen tan claro que hasta figura en sus manuales de instrucción. Los periodistas deberíamos tener nuestros propios manuales para neutralizar o, por lo menos, evitar caer de bruces en esta otra trampa.

Sobre propaganda existen centenares de textos pero, para precisar algunos conceptos, voy a utilizar uno que condensa los fundamentos de esa acción de comunicación y es el libro *La guerra de las mentiras*, de Alejandro Pizarroso Quintero. Este autor considera que la definición más precisa de propaganda es la de Violet Edwards que explica: "Propaganda es la expresión de una opinión o una acción por individuos o grupos, deliberadamente orientada a influir opiniones o acciones de otros individuos o grupos para fines predeterminados (*Group Leader's Guide to Propaganda Analysis*, Nueva York, 1938, p.40)"<sup>6</sup>.

<sup>5</sup> *Manual para cubrir la guerra y la paz*. Conferencia Episcopal de Alemania, Fescol, Embajada de Alemania, Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano, Santafé de Bogotá, 1999. 206 págs.

Así mismo, Pizarroso manifiesta que el conjunto de actividades de propaganda de guerra puede ser llamado también *guerra psicológica*. Pero para explicar mejor este último concepto, cita a W. E. Daugherty que la define así: "Es el uso planificado de propaganda y otras acciones orientadas a generar opiniones, emociones, actitudes y comportamientos en grupos extranjeros, enemigos, neutrales y amigos, de tal modo que apoyen el cumplimiento de fines y objetivos nacionales (A Psychological Warfare Casebook, Baltimore, 1964, p.2)"<sup>7</sup>.

En tiempos de paz se habla de *campañas psicológicas*, pero para época de guerra se debe usar el concepto *operaciones psicológicas*, precisa Fernando de Bordeje Morencos en su *Diccionario militar, estratégico y político*. Ese texto dice que *operaciones psicológicas* "son las acciones psicológicas que se desarrollan durante un conflicto". Y define así *acción psicológica*: "La que trata de explotar las dimensiones políticas y psicológicas de los pueblos, en función de su geografía social. Se encamina a captar a la masa hacia unas determinadas ideas, con el objeto de influir en sus actitudes y conductas, inclinándola en sentido favorable a la consecución del objetivo propuesto"<sup>8</sup>.

Precisados esos términos, hagamos un repaso rápido sobre los siguientes hechos del conflicto armado colombiano, de gran impacto en la prensa nacional y extranjera en los últimos dos años, y cómo respondían a intereses propagandísticos de los respectivos actores de la guerra:

1. La reiteración inicial de Estados Unidos en señalar que el Plan Colombia era exclusivamente para combatir el narcotráfico, al que califica como principal problema del país, responde a la primera regla de la propaganda: la

<sup>6</sup> Pizarroso Quintero, Alejandro. *La guerra de las mentiras*, Editorial Eudema, Madrid, 1991. 358 págs.

<sup>7</sup> *Ibid*, pág. 63

<sup>8</sup> De Bordeje Morencos, Fernando. *Diccionario militar, estratégico y político*, Editorial San Martín, Madrid, 1981. 199 págs.

*simplificación*, es decir, presentar un mensaje muy simple y de fácil recordación. Para eso, lo más práctico y usado es *crear un "enemigo único"*.

Ese enemigo se presenta siempre ante la opinión pública como el exclusivo responsable de lo que pasa, así no lo sea en forma única. Pero eso no importa pues en la práctica —en el desarrollo real de la confrontación— todas las fuerzas de combate se despliegan no sólo contra él sino contra otros enemigos que son “secundarios” y que no fueron mencionados antes.

La lucha contra ese “enemigo único” es la justificación para acciones militares de muy diversa índole. Y eso ya se ve en Colombia: el discurso respecto al Plan Colombia ha ido cambiando en forma progresiva por parte de los gobiernos de Colombia y de Estados Unidos (principal financiador del mismo en su componente militar). Primero, al darlo a conocer, el discurso oficial aseguró que el Plan Colombia se destinaría en forma exclusiva para atacar el problema del narcotráfico y que por ningún motivo su dinero o recursos se usarían para la lucha contra la guerrilla.

Posteriormente, en el ambiente político de los dos países y en debates formales en el Congreso norteamericano se empezó a plantear la posibilidad que ese dinero se empleara también para combatir a la guerrilla, al “terrorismo” y a otras formas criminales (por ejemplo, se habló de grupos de secuestradores que pudieran ser o no insurgentes)<sup>9</sup>. Y, por último, desde el año 2002 se dijo en forma oficial que sí se utilizaría contra la guerrilla, pues el discurso gubernamental en ambos países asimiló narcotráfico = guerrilla como idéntico a narcotráfico = guerrilla = terrorismo. Esta percepción se vio fortalecida por la nueva doctrina norteamericana sobre terrorismo,

desarrollada luego de los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York. Sobre el tema han hablado en forma abundante tanto funcionarios civiles como militares.

Peter Rodman, secretario adjunto de Defensa para asuntos de seguridad internacional, del gobierno de Estados Unidos, declaró el 10 de abril de 2002 que el presidente Bush le había pedido al Congreso la ampliación del apoyo de Estados Unidos para una campaña unificada en Colombia contra el terrorismo, así como también contra el narcotráfico. Y aunque el mensaje daba la impresión de no querer decirlo, afirmó de manera clara que la lucha se extendería contra la guerrilla.

La Oficina de Programas de Información Internacional del Departamento de Estado de Estados Unidos informó al respecto:

Dicha ayuda, dijo Rodman, ayudará a Colombia a combatir más efectivamente a los grupos terroristas, no sólo en las regiones tradicionales de cultivo de coca como los departamentos de Putumayo y Caquetá, sino que en toda Colombia”.

Si se continúa relacionando la ayuda de Estados Unidos a Colombia con un “estrecho enfoque antinarcótico, eso significa que, por ley, debemos abstenernos de proveer ciertos tipos de ayuda militar y apoyo de inteligencia a Colombia, que podrían fortalecer inmediatamente la posición del gobierno en todo el país”, dijo Rodman.

El funcionario dijo también que aun cuando a las organizaciones terroristas —Grupo Unido de Autodefensa de Colombia (Auc), Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc) y Ejército de Liberación Nacional (Eln)— no se las considera terroristas de alcance mundial, amenazan la estabilidad regional y los intereses de Estados Unidos mediante el tráfico transnacional de armas y drogas ilícitas, los secuestros y la extorsión. Juntos, estos grupos son responsables de más de 90 por ciento de los

<sup>9</sup> *Ayuda sería usada contra secuestro*. El Tiempo, 8 de febrero de 2002, sección Política, pág. 1-3. La entrada de la información dice: “Los helicópteros antinarcóticos del Plan Colombia podrían ser usados también por la Policía para rescatar a secuestrados”.

incidentes terroristas en el Hemisferio Occidental, dijo Rodman a la Subcomisión de Operaciones en el Extranjero, de la Comisión de Asignaciones de la Cámara de Representantes<sup>10</sup>.

Dos semanas después, el 24 de abril, Gary Speer, jefe en funciones del Comando Sur de Estados Unidos, enfatizó el anterior planteamiento: manifestó que los esfuerzos estadounidenses en Colombia apuntan no sólo a combatir las drogas sino también a salvar la democracia en este país y a promover la seguridad y la estabilidad en la región andina.

Speer advirtió [cita textual de esa oficina del Departamento de Estado] que si a la amenaza terrorista que hay ahora en Colombia y otras partes de América Latina “no se la saca a luz y se la elimina, esa amenaza plantea potencialmente una amenaza seria” a la seguridad nacional de Estados Unidos y de sus vecinos.

Speer citó un informe del Departamento de Estado de Estados Unidos que dice que el 86 por ciento de todos los actos terroristas contra los intereses estadounidenses durante el 2000 en todo el mundo, ocurrieron en América Latina, predominantemente en Colombia<sup>11</sup>.

La decisión de autorizar nuevos usos de la “ayuda” del Plan Colombia, se tomó luego. El 20 de julio de 2002 se informó desde Washington:

(...) Cámara y Senado reunidos en pleno ratificarán el proyecto, que saldrá de inmediato para sanción del presidente George W. Bush.

El levantamiento de las restricciones para que Colombia pueda usar los recursos “en una lucha unificada

contra el narcotráfico y organizaciones catalogados como terroristas tales como las Farc, el Eln y las Auc”, estaba incluido en un “suplemento de emergencia” o adición presupuestal solicitada por Bush a comienzos de año, que fue aprobado por la Comisión de Conciliación de la Cámara y el Senado.

En otras palabras, una vez el presidente George Bush lo firme -se estima que lo hará la semana entrante- cerca de 70 helicópteros, y otros recursos podrán ser empleados de inmediato por el Ejército y la Policía a la hora de enfrentar a los grupos irregulares, y para proteger los Derechos Humanos<sup>12</sup>.

De esa forma, se entiende que el *enemigo único* que se creó para justificar el apoyo económico norteamericano al Plan Colombia fue efectivamente una excusa pues lo que estaba detrás de esa política era ampliar, más tarde, la financiación y el empleo del material militar que con ese dinero se compró, dentro del conflicto colombiano. Para eso se utilizó una de las estratagemas de la propaganda.

2. La liberación progresiva de personas secuestradas en forma masiva que hizo la guerrilla del Ejército de Liberación Nacional, Eln (en el avión de Avianca –cuando cubría la ruta Bucaramanga-Bogotá–, la iglesia La María y el kilómetro 14 –en la ciudad de Cali– y la Ciénaga del Torno –en Barranquilla–), se debe, también, al cumplimiento de la segunda premisa de la propaganda: la *modulación del mensaje*. Es decir, en ir generando situaciones que le permitan una presencia permanente en los medios y, por ende, los lleven a aparecer ante el Estado y la opinión pública como poderosos y dominadores de la situación.

<sup>10</sup> <http://www.usinfo.state.gov/espanol/colombia/02041103.htm>

<sup>11</sup> <http://www.usinfo.state.gov/espanol/colombia/02042602.htm>

<sup>12</sup> Congreso de EU da luz verde para que recursos para la lucha antidrogas puedan ser usados contra guerrilla y ‘paras’. [http://eltiempo.terra.com.co/coar/noticias/ARTICULO-WEB-NOTA\\_INTERIOR-82924.html](http://eltiempo.terra.com.co/coar/noticias/ARTICULO-WEB-NOTA_INTERIOR-82924.html)

Y aunque es evidente que dichas liberaciones fueron *escalonadas* no sólo por motivos propagandísticos sino porque hubo igualmente otras condiciones políticas o económicas, también lo es que la planeación de la entrega de secuestrados fue pensada en algunos casos para propiciar en forma simultánea un ‘golpe mediático’, el cual, por la falta de preparación de los medios y sus periodistas, se volvió un *show* lamentable para la credibilidad de la prensa colombiana.

3. La insistencia de todos los mandos militares en llamar a la guerrilla “narcobandoleros”, “narcoterroristas”, “facinerosos”, “antisociales” y “terroristas” (esta última expresión con más fuerza desde el 11 de septiembre de 2001) busca que el mensaje quede entre la gente por efecto de la *repetición*, que es la tercera técnica propagandística.

Su objetivo es criminalizar a los grupos insurgentes, desconocer el componente ideológico que aún motiva su accionar ilegal y negar que la causa o sustento de su alzamiento contra el Estado fue o sigue siendo por razones políticas, a pesar de que dentro de sus actuales “formas de lucha” empleen el terrorismo y la criminalidad. La teoría clásica de Karl Von Clausewitz plantea sobre fenómenos como estos últimos que se viven a diario en Colombia, que la guerra es la continuación de la política por otros medios.

4. La aparición las dos primeras veces en televisión del jefe de las Autodefensas Unidas de Colombia, Carlos Castaño, sin uniforme camuflado ni armas sino vestido de civil (con camisa bien planchada y corbata), tiene que ver con la cuarta regla: la *trasfusión*, que significa buscar mecanismos que generen cercanía entre el emisor y el receptor, para que ambos se identifiquen y ganar las audiencias a su causa. En ambos casos, Castaño

pretendía aparecer ante la opinión pública como un ciudadano común y corriente y no como el comandante de un grupo armado sindicado de cometer centenares de atropellos contra la dignidad humana.

5. Las paradas militares de las Farc en la hoy desaparecida Zona de Distensión exhibiendo los mejores uniformes, disciplina en sus formaciones, “estados mayores”, jerarquías en el mando, las armas más modernas e incluso mostrando a las guerrilleras más lindas, tiene que ver con otra regla: la *exageración*. Lo sean o no lo sean, la impresión que queda en quien vio o todavía ve esas imágenes es que se trata de un verdadero ejército, disciplinado, poderoso y hasta conformado por gente “bonita”.

Los postulados propagandísticos son más: la minimización, la desfiguración, la división de la sociedad, la búsqueda de la unanimidad y el contagio, entre otros. Igualmente, son más los hechos reales que hemos visto en los medios que responden a esas líneas. La pregunta que queda es: ¿Están los medios y los periodistas preparados para enfrentar esas situaciones y poder caminar sobre la cuerda floja, sin caerse al lado de la propaganda o al lado de la desinformación?

#### **Trampa 5: No oler las implicaciones políticas de los actos de guerra y de los propios hechos políticos**

El conflicto armado, social y político que hay en Colombia ha convertido al país en una especie de *patito feo* con el que nadie se quiere relacionar y en un *chivo expiatorio* al que todos le pueden echar las culpas. No niego el terrible problema que hay: ejércitos ilegales deambulando a sus anchas por los campos, violaciones sistemáticas a los derechos humanos, el desplazamiento infame de miles de

campesinos, el fuerte negocio del narcotráfico, la corrupción rampante, como males de marca mayor.

Pero esa condición de *país problema* puede ser aprovechada de muy diversa forma por gobiernos, por agitadores interesados en que haya más guerra, por las clases dirigentes de países vecinos o por personas con aspiraciones políticas dentro de la propia Colombia. Anuncios como militarización de fronteras, restricciones temporales a actividades comerciales, declaraciones que señalan a Colombia como problema regional, en ocasiones responden más al interés de crear hechos políticos para desviar la atención de situaciones problemáticas internas, ganar adhesiones o movilizar la opinión pública hacia uno u otro lado. Y eso se puede dar no sólo en ámbitos nacionales sino regionales y locales, dentro y fuera de Colombia.

Igual puede ocurrir con determinados hechos de orden público y violencia en áreas fronterizas. Algunos secuestros, masacres, incursiones de hombres armados, en un momento dado podrían no ser responsabilidad de guerrilla o paramilitares, como se afirma a los pocos minutos de conocido el suceso. Lo planteo porque, ¿acaso no puede haber “manos extrañas” interesadas en producir situaciones de crisis que generen una fuerte reacción en la opinión pública nacional o internacional, a fin, por ejemplo, de dañar un proceso de paz? ¿O personajes ocultos que quieran internacionalizar el conflicto para aumentar así los presupuestos de guerra?

Por eso hay que tener mucho cuidado con las primeras versiones acerca de los llamados “hechos de orden público”: a veces lo que parece evidente no es tal; a veces las declaraciones de altos funcionarios civiles, militares y policiales no son las mejores para aclarar situaciones porque son apresuradas e irresponsables dado que las sindicaciones que hacen se fundamentan en indicios o con base en pruebas débiles.

Y con esto no quiero decir que haya que negar tales declaraciones: simplemente hay que explicar que se trata de versiones preliminares suministradas por una fuente

informativa que debe estar perfectamente identificada. Cuando se trata de declaraciones *off de record*, con fuente oculta o producto de “filtraciones”, el periodista debe dudar de inmediato pues lo más posible es que vaya a ser manipulado: hay que recordar que se está hablando con una persona comprometida en la guerra y que las guerras se ganan a como dé lugar, incluso mintiendo.

Por las características de lo que pasa en Colombia, informar exige alto profesionalismo y responsabilidad. Por eso los periodistas deben estar alertas para no caer en las trampas que les puedan tender. De todas formas, esto es muy complejo de analizar cuando se está al calor de un cierre de edición, a minutos de iniciar el noticiero o a punto de empezar una emisión radial ya que los fenómenos que ocurren nunca se dan puros sino que están determinados por circunstancias diversas y con intereses plurales. Y generalmente no se tiene de golpe todos los elementos de juicio para valorarlos. Así, un hecho político que se cree podría responder a un fin específico, puede en realidad no serlo o serlo parcialmente. Igual con uno de violencia. Lo importante es que se tenga presente que existe el riesgo de caer en esa trampa y por ende se deba abrir bien los ojos.

### **Trampa 6: Perderse en las lógicas o ilógicas internas de los medios**

Esta es una de las trampas que afectan el mensaje pero que no se tiene muy en cuenta en los análisis que provienen de quienes están por fuera de los medios: hace relación a las políticas internas de los medios, a las rutinas de trabajo de los periodistas, a la cantidad de recursos humanos, físicos y técnicos de que disponen para hacer los cubrimientos informativos, a los criterios personales de los editores y jefes de redacción, a las horas de cierre de edición o emisión, en resumen, a las formas de trabajo específicas de cada redacción.



Así mismo, aquí entra un asunto preocupante: la poca capacitación que, en términos generales, ofrecen las empresas informativas en Colombia a sus periodistas. Por fortuna, ese vacío lo vienen llenando entidades como la Corporación Medios para la Paz y el Comité Internacional de la Cruz Roja (por citar a las que, tal vez, han logrado mayor impacto por su renombre y cobertura de los programas que desarrollan), además de algunas universidades y agremiaciones periodísticas, que cada vez se preocupan más por hacer debates y plantear cursos de formación.

Salvo unos pocos medios, básicamente aquellos considerados *grandes*, la capacitación a quienes van a informar sobre hechos de violencia y conflicto armado es poca. Sobre el problema de la formación profesional, el documento *Periodismo y Violencia*, material de apoyo del proyecto 'Educación e información sobre seguridad ciudadana en Centroamérica y la Región Andina', explica que eso no ocurre solamente en los países latinoamericanos, aunque aquí es particularmente grave:

Durante un seminario promovido por la Universidad de Columbia (Estados Unidos) para periodistas norteamericanos que trabajaban con sucesos criminales en diarios importantes, sólo uno entre 70 participantes había recibido capacitación especial.

En América Latina, según datos de la organización no gubernamental Altercom, dedicada a estudios de comunicación y prensa, el área de 'sucesos' es la puerta de entrada al periodismo profesional para el 70 por ciento de los egresados de universidades. Ingresan sin ninguna preparación en la compleja actividad que lidia directamente con la vida humana.

<sup>13</sup> *Periodismo y violencia - Una guía para la cobertura de hechos policíacos y judiciales*. Proyecto 'Educación e información sobre seguridad ciudadana en Centroamérica y la Región Andina', Instituto Latinoamericano de las Naciones Unidas para la Prevención del Delito y el Tratamiento del Delincuente (Ilanud) e Iniciativas de Comunicación para el Desarrollo (Icode), 1998. 24 págs.

Un jefe de información de un diario sería considerado loco si elige a alguien que nunca ha asistido a un partido de fútbol para cubrir el juego final del campeonato nacional. Pero los periodistas sin experiencia ni preparación son enviados para cubrir situaciones muy delicadas como secuestros, estupro, violencia doméstica o infantil<sup>13</sup>.

La anterior cita, aunque habla en general de América Latina y del periodismo judicial (lo que antes se llamaba *crónica roja*), retrata a la perfección lo que ocurre con estos periodistas en Colombia; entre otras cosas porque en buena parte de empresas informativas de este país los hechos propios del conflicto armado los cubren todavía los periodistas de 'judiciales', quienes en una misma página o emisión informan también de asaltos, hurto de vehículos, crímenes y toda la gama de delitos producto de la violencia social: todo en un mismo paquete, unas veces hasta mezclados y sin mayor diferenciación.

Aunque no debería ser así, esas *lógicas internas* —que más parecen ilógicas— influyen demasiado en los mensajes, sin que los perceptores se den cuenta de que esa es la causa real de que una información salga de una manera y no de otra. A veces los analistas de los medios dan unas explicaciones sobre lo que se publica, atribuyendo los vacíos de las noticias al interés deliberado de manipular o los fallos que presentan a la ignorancia de quien escribe. En unos casos eso puede ser verdad, pero en otros definitivamente no; sin embargo, en ocasiones se insiste en ello por simple desconocimiento de las razones internas que incidieron en la "producción" de un artículo.

Perderse en las lógicas internas de una sala de redacción se constituye en una trampa cuando los sistemas internos de trabajo de los medios dificultan la labor periodística honesta y con sentido, cuando coartan la creatividad del reportero y distorsionan o manipulan el mensaje para acomodarlo a sus intereses empresariales o a los particulares del dueño.

### **Trampa 7: Carecer de una brújula ideológica que apunte hacia la verdad y la paz**

En buena medida, es el asunto de fondo de lo anterior: no tener claridad en cómo cubrir los hechos de guerra y violencia lleva a que en la práctica los medios y los periodistas se confundan, olviden la historia, el contexto en que se dan los acontecimientos, los manipule la propaganda y no entiendan los intereses políticos y politiqueros que hay tras cada coyuntura.

El resultado final va a ser más nefasto que una simple información pobre: se desconocerá la realidad y se alimentarán los imaginarios colectivos sobre la guerra, los pueblos y las personas, negando a la sociedad civil, a quienes no son combatientes, su derecho a ser considerados inocentes.

Definir una brújula que apunte el trabajo periodístico hacia la información veraz y oportuna en medio del *mare magnum* que vive Colombia es difícil pues requiere de un gran compromiso por parte del medio de comunicación y periodistas muy preparados. Y no todos están interesados ni capacitados para hacerlo. Por fortuna, ya hay algunos ejemplos en la prensa diaria del país que evidencian una mayor madurez para el tratamiento de la guerra y un deseo de romper viejos y agotados esquemas para el cubrimiento de la misma. Sin embargo, son pequeñas golondrinas que vuelan aisladas y que no hacen verano.

Además, fijar esa posición informativa que aquí se reclama es traumático y peligroso. Las incomprensiones, los riesgos y los señalamientos abundan porque hay muchos intereses y personas que tienen deseos de pescar en el río revuelto de la guerra. Pero en la perspectiva de ejercer un periodismo responsable y comprometido con la verdad, no queda otro camino. O tal vez sí: trabajar hasta que nos encontremos con el abismo... pero sin dejar que nos lancen a él.

## Los retos para periodistas que cubren el conflicto armado

### El caso del nororiente colombiano

Mary Correa Jaramillo

## Challenges for journalists covering conflict – The case of northeastern Colombia

### Abstract

Pressures that communicators are exposed to, and which are a product of conflict, can impede the accurate writing of news events, distort the context in which these events take place, and complicate decisions concerning professional ethics. A number of Colombian journalists have attempted debating this topic as a first step in confronting the difficult situation they face daily, which puts both their jobs and lives at stake. The conditions experienced by journalists assigned this information in Colombia's northeastern departments is presented and analyzed.

**Key words:** Freedom of press in Colombia, threats to journalists.

## Los retos para periodistas que cubren el conflicto armado – El caso del nororiente colombiano

### Resumen

Las presiones a las que se exponen los comunicadores, producto del conflicto armado, pueden entorpecer la redacción de los hechos noticiosos, desdibujar el contexto en el cual estos se producen y complicar las decisiones que atañen a la ética profesional. Algunos periodistas colombianos han querido dar el debate sobre el tema, como primera acción para enfrentar la difícil situación que viven a diario y que incluso pone en juego su actividad profesional y sus vidas. Se presenta y analiza la situación de los reporteros encargados de esta información en los departamentos del nororiente colombiano.

**Palabras clave:** Libertad de prensa en Colombia, amenazas a periodistas.

### Mary Correa Jaramillo

Comunicadora Social-Periodista de la Facultad de Comunicación Social de la Universidad Pontificia Bolivariana (Medellín). Especialista en Educación con Nuevas Tecnologías de Información, de la Universidad Autónoma de Bucaramanga (UNAB). Ha trabajado en *El Mundo* (Medellín); *Vanguardia Liberal* (Barrancabermeja y Bucaramanga) y *15* (Bucaramanga). Miembro fundadora de la Corporación de Periodistas de Santander. En 1994 recibió el premio al mejor periodista de Santander, categoría Prensa, de la Red de Emisoras de la Organización Serrano Prada. En la actualidad es docente en varias asignaturas del énfasis de Periodismo de la Facultad de Comunicación Social de la UNAB.

Correo electrónico: msocorro@unab.edu.co

## Los retos para periodistas que cubren el conflicto armado – El caso del nororiente colombiano

En las confrontaciones armadas la información es un arma de guerra para los grupos y sectores que participan en el conflicto. En Colombia, varios periodistas, entre quienes figuran reporteros, reporteros gráficos y camarógrafos, presionados por las difíciles circunstancias de orden público, vienen trabajando en talleres y grupos de apoyo en los que buscan caminos para la verdad, aunque a veces deban ser amparados por el anonimato, porque pesan contra ellos severas amenazas.

En el mundo entero se reconoce a Colombia como uno de los países que ofrecen más riesgo para los periodistas en ejercicio, pues en los últimos 20 años el índice de asesinados asciende a 150, de acuerdo con los reportes de organizaciones periodísticas. Tras investigaciones se encontró que algunas de esas muertes no fueron por razón del oficio sino de situaciones personales. Así mismo, la cifra incluye a columnistas, fotógrafos, camarógrafos, reporteros y dueños de medios de comunicación. Lo que sí evidencia el dato es que quienes trabajan en medios de información, igual que el resto de ciudadanos, han estado afectados por la problemática de violencia política y social que aqueja al país.

Pero fue entre 1999 y 2002 cuando la situación se complicó aún más para los comunicadores: las cifras de asesinatos revelan una seria amenaza para la información veraz. La Fundación para la Libertad de Prensa (Flip) reportó que en 1999 hubo 5 comunicadores que murieron víctimas de atentados. En el año 2000, el registro de asesinatos fue de 6 periodistas, mientras que el año pasado llegó a 10 el número de comunicadores que murieron por trabajar en zonas de alto riesgo para la información. Entre enero y julio de 2002,

y según reportes de la Flip, fueron asesinados 6 comunicadores, de los cuales 3 habían recibido constantes amenazas.

El último caso registrado en Colombia hasta la edición de este documento ocurrió el 12 de julio de 2002 cuando fue asesinado en Sabana de Torres (Santander) el fundador y director del periódico mensual *Horizonte Sabanero*, Mario Prada Díaz, de 44 años de edad. Él no se dedicaba a temas de orden público, como lo explicó la Flip, pero colegas de prensa que le conocían dijeron que Mario Prada sí había cuestionado la forma como los actores armados venían acosando a las comunidades y presionando la venta de tierras productivas a bajos costos. Sin embargo, en la región dijeron no tener información de amenazas previas contra su vida.

De igual forma, a un grupo de comunicadores de tres medios escritos de Barrancabermeja les llegó el 9 de julio de 2002 una comunicación escrita y firmada por el “comandante Alex”, miembro de las Autodefensas Unidas de Colombia (Auc), en la cual los conminaba a “dejar de publicar informaciones que producen más dolor entre la población”. Sin embargo, el propio Carlos Castaño, comandante político de las Auc, desautorizó la decisión del “comandante Alex” y les hizo saber a los medios de comunicación que podían continuar trabajando tranquilos pues no habría presión sobre ellos por el contenido de sus informaciones.

### Entre la legitimidad y la legalidad

Algunos de los comunicadores que cubren información sobre el llamado “orden público” en Colombia han denunciado que en ocasiones se ven abocados a tener que elegir entre la legitimidad y la legalidad, entre la transparencia para informar y el cubrimiento de hechos que pueden llegar a afectar a uno u otro bando. Además, se sienten presionados porque arriesgan su propia vida para mantener una línea

de conducta responsable y ética, mientras que los directivos de los medios de comunicación están cada vez más interesados en la *noticia show*, aquella que da cuenta de primicias informativas, sobre la base de un extra o última hora, apoyados en sofisticados equipos de telecomunicaciones, aunque en ocasiones no tengan reparo en arriesgar la vida de los comunicadores

¿Debe el periodista convertirse en obstáculo para la guerra? ¿Su compromiso ha de orientarse a la defensa de la paz o su labor se limita a informar confrontando antes varias fuentes para facilitar el análisis por parte de su audiencia? ¿Debe negociar con las fuentes para tener derecho a estar en la primicia? ¿De qué lado del conflicto se ubica? Estos interrogantes son los que se presentan a diario en el cubrimiento noticioso y para resolverlos es preciso abrir las puertas a la discusión, mecanismo sano que permite encontrar respuestas.

Un grupo de periodistas del nororiente de Colombia (pertenecientes a los dos *santanderes*, Arauca, sur del Cesar y sur de Bolívar) quienes a diario se enfrentan al cubrimiento de hechos de violencia que vive especialmente estas zonas, trabajaron en la formulación de criterios para el cubrimiento de las informaciones relacionadas con el conflicto, en aras de la imparcialidad y la independencia. Este trabajo se inició en mayo de 2001 en Bucaramanga, con la realización de un taller coordinado por la Fundación Friedrich Ebert de Colombia (Fescol), la Corporación de Periodistas de Santander y la Asociación de Periodistas de Barrancabermeja.

En marzo de este año, cuando se llevaba a cabo el proceso previo a las elecciones para el Congreso, nuevamente algunos comunicadores dialogaron sobre la difícil situación que han enfrentado para el cubrimiento de la información política, por las restricciones e incluso amenazas recibidas por parte de los grupos armados en conflicto, interesados en que no se les dieran espacios noticiosos a determinados candidatos que no eran de su agrado o conveniencia.

En Barrancabermeja hubo una denuncia concreta, con presentación de los documentos que deben dar soporte a una investigación sobre amenazas, según lo exige la Red de Alerta para la Protección de Periodistas de la Flip. Pero además de ese caso concreto de un comunicador que debió ser protegido porque peligraba su vida, se habló de otros dos casos de amenazas por informaciones políticas, aunque sus protagonistas no han entregado todavía ninguna documentación a la Flip.

De acuerdo con informaciones de la Red de Alerta, en la ciudad de Valledupar (Cesar) se registraron dos casos más de amenazas por parte de actores armados que no aceptaron la información política publicada por dos periodistas, uno de los cuales debió recibir protección y el otro, por iniciativa propia, salió de esa ciudad.

En Aguachica, sur de Cesar, miembros de las Autodefensas Unidas de Colombia citaron a un comunicador social a una región determinada para que “rindiera cuentas” de las informaciones políticas que estaba suministrando a la población. Ya en el año 2000 se presentó el asesinato de dos comunicadores sociales que trabajaban con dirigentes políticos de los municipios de Aguachica y Rionegro (Santander).

En el presente documento se recogen testimonios de quienes decididamente han contribuido a este análisis sobre los retos para los periodistas que cubren el conflicto armado colombiano, así como aportes de los comunicadores que trabajan en la región, además de apreciaciones de organizaciones nacionales e internacionales que han trabajado el tema de la información en épocas de conflicto, al igual que representantes de las facultades de Comunicación Social de las universidades Autónoma de Bucaramanga (UNAB) y Pontificia Bolivariana, (UPB - seccional Bucaramanga) y los grupos de trabajo de la Corporación de Periodistas de Santander.

## Cuando la inmediatez ataca

La realidad de los comunicadores regionales, especialmente quienes trabajan para medios audiovisuales, es que se sienten más presionados por las exigencias de inmediatez cuando ocurre un hecho y argumentan que ésta es la principal razón para no consultar a todas las fuentes involucradas. Algunos reconocieron que no logran manejar el contexto de la noticia, pues no buscan causas ni consecuencias que les permitan ofrecer mayor profundidad en sus contenidos noticiosos. Otros, a pesar de haber descubierto que el medio para el cual trabajan no está interesado en cambiar la lógica de la guerra, deben seguir informando, presionados por difíciles circunstancias económicas personales.

“Soy consciente de que como corresponsal de un canal privado tengo menos opciones para pensar con mesura antes de ir a cubrir un hecho noticioso. Los directores del medio no tienen ni siquiera una real ubicación geográfica de los sitios a los cuales debemos desplazarnos y hacen exigencias que son imposibles de cumplir, dado el corto tiempo que se nos asigna. Pero a ellos poco les importa e incluso nos exigen ser más osados en el cubrimiento informativo, pues lo único que esperan es que la competencia no logre la *chiva*”, indicó Ramón<sup>1</sup>.

Los periodistas consideran que a veces el saber más de lo que se puede informar, en los casos de hechos noticiosos relacionados con el conflicto armado e investigaciones sobre hechos políticos, se constituyen en obstáculos para su desempeño profesional.

<sup>1</sup> Ramón es el nombre que escogió para guardar su identidad este periodista santandereano, quien aceptó contar su testimonio durante el taller *Manejo de información relacionada con el tema del conflicto armado*. Este corresponsal de televisión recibió apoyo de la Red de Protección a Periodistas, por estar viviendo una situación de alto riesgo por una información relacionada con las autodefensas en Norte de Santander.

Este es el caso de Sandra<sup>2</sup>, quien aseguró que es bien difícil manejar una información cuando cada uno de los actores del conflicto pretende que su versión sea la única que se dé a conocer. “Tú, como periodista, sabes que debes confrontar historias, fuentes y datos, pero las presiones te pueden llevar a informar sólo una de las versiones, dejando silenciados a otros testigos del hecho. A mí me ocurrió eso cuando tuve que hacer un informe desde la cárcel local, en la cual se encuentran detenidos representantes de la guerrilla y también de las autodefensas. Cuando hablé con los de la guerrilla me dijeron que sólo publicara el mensaje que me habían entregado y que no hablara con los ‘paracos’, pero luego los líderes de las Auc me detuvieron en la puerta del penal y me pidieron el casete utilizado en la entrevista con los guerrilleros y me entregaron otro casete grabado por ellos. Tomé la decisión de hacer una nota general, sin sacar al aire a ninguna de las partes, pero sentí mucho miedo por lo que pasaría”.

En ese aspecto, Martha Ruiz, periodista coordinadora de algunos talleres de la Fundación Fescol, explicó que la estrategia que pueden utilizar los comunicadores en situaciones como ésta es valerse de antecedentes de los hechos, a fin de construir un contexto amplio que le cree un marco a la noticia para poder ubicar a los actores del conflicto en situaciones reales. De igual manera, el grupo de trabajo de Fescol recomendó que se cuente a la opinión pública la verdad sobre la forma como el periodista ha sido presionado para no presentar la información completa. Sin embargo, algunos reporteros no están muy convencidos de estas soluciones ya que hay amenazas tan reales que “a la menor falla te atacan sin contemplación alguna”, reconoció Ramón.

Otra recomendación práctica es la de utilizar varias fuentes alternativas y relacionar hechos, teniendo buen

<sup>2</sup> Sandra es una periodista que se atrevió a contar su historia y a permitir publicarla sin ocultar su nombre, pero en los meses siguientes al diálogo sostenido con ella recibió nuevas amenazas contra su vida y por esta razón en este documento reservamos tanto su identidad como la región en la cual se registró el hecho.

cuidado de encontrar referentes para la historia. “No podemos dejar perder los relatos de quienes viven la historia porque sus testimonios alimentan el trabajo de recopilación e investigación que iniciamos cuando trabajamos una información relacionada con el conflicto armado”, señaló José Luis Novoa, de la Fundación para un Nuevo Periodismo Iberoamericano (Fnpi).

### Obstáculos para informar sobre el conflicto

Los periodistas que manejan informaciones relacionadas con el tema del conflicto armado se preocupan por situaciones que se salen del contexto normal y que son las que ponen en riesgo el cubrimiento noticioso, en aras de la objetividad y la responsabilidad social que les atañe. Entre esos obstáculos los más comunes son:

1. El periodista pierde oportunidad de contextualizar la noticia, bien por presiones de los actores armados o porque el medio de comunicación considera que no es necesario y que esa labor quita tiempo para mensajes “menos pesimistas relacionados con deportes y entretenimiento, que es lo que ahora tiene prioridad en los noticieros, especialmente de televisión”, como lo señaló el presidente de la Corporación de Periodistas de Santander, Pablo Emilio Buitrago.

En este sentido, la periodista de Fescol, Martha Ruiz, recomendó acudir al apoyo en imágenes o en voces y testimonios que faciliten conocer rápidamente antecedentes del hecho, puesto que con una adecuada fundamentación noticiosa se impide el sacrificio de la verdad.

Sin embargo, algunos reporteros, especialmente fotógrafos y camarógrafos, ven que el apoyo en imágenes no es tan fácil de plantearse en algunas ocasiones y puede hasta correr el riesgo de *agredir* a la opinión pública. “Uno

busca mostrarle al público la realidad, pero a veces tiene que disimularla un poco para evitar que ésta se vea tan macabra como realmente la está observando uno. No se trata de ocultar, sino de buscar ángulos para no escandalizar. Sin embargo, mucha gente se queja por la cantidad de imágenes desagradables que presentan los noticieros de televisión y eso nos afecta directamente porque nos incomoda ser los malos de la película”, expresó uno de los camarógrafos contratado para realizar su labor en Bucaramanga como corresponsal de dos noticieros nacionales de televisión.

El periodista y defensor del lector en el periódico *El Colombiano*, de Medellín, Javier Darío Restrepo<sup>3</sup>, ha dicho en el libro *Ética para periodistas* que el comunicador debe ofrecer a sus lectores, oyentes o televidentes, a pesar de todo, los antecedentes de la información porque las causas de los hechos se convierten en “pilares fundamentales para entender el porqué de las acciones”. De igual manera, la periodista María Teresa Ronderos, de la Revista Semana y quien participó en algunos de los talleres de reflexión sobre el oficio periodístico, dijo que si se entrevista a diversas personas para ampliar el volumen de opiniones, se evidencian testimonios que permiten clarificar los hechos.

En su libro *Señales dentro de los hechos*, el periodista Germán Ayala Osorio<sup>4</sup>, docente de la Facultad de Comunicación de la Corporación Autónoma de Occidente (CUAO), recuerda que todo hecho noticioso tiene causas, consecuencias, unos implicados, pero también unos afectados, y que las informaciones deben presentar a todos los involucrados, para que pueda ampliarse el horizonte de verdad que es lo que todo comunicador busca.

<sup>3</sup> Herrán, María Teresa y Javier Darío Restrepo. *Ética para periodistas*. Nuevo Mundo Editores. 1993.

<sup>4</sup> Ayala Osorio, Germán. *Señales dentro de los hechos, una mirada al ejercicio periodístico*. Faid Editores. Corporación Autónoma de Occidente, CUAO. Año 2000.

2. Cuando se cubre un hecho noticioso en el cual está involucrado uno de los actores del conflicto se reciben insinuaciones *comedidas* o exigencias abiertas para que no se dé a conocer determinado aspecto que podría mostrar la debilidad del grupo o sus errores tácticos, como lo evidenciaron algunos periodistas que trabajan para informativos en emisoras y periódicos del Magdalena Medio.

Los talleristas de Fescol y de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano sugieren para ese caso específico que no se inicie la historia con entrevistas directas, sino con aspectos del contexto, los cuales permiten incluir informaciones generales como producto de la investigación periodística, a fin de mantener informada a la audiencia.

En los talleres de formación de la Corporación Medios para la Paz se reconoce que los periodistas regionales son valientes al enfrentar hechos relacionados con el conflicto armado, pero “a veces su valentía se vuelve irresponsabilidad porque toman partido en el cubrimiento del conflicto y hasta establecen amistades estrechas con sus fuentes, a fin de obtener primicias, con lo cual su fundamentación ética en principios de objetividad e imparcialidad desaparece y con ella, la credibilidad que las comunidades tanto valoran”.

3. Cuando se desconfía de todas las fuentes también se generan obstáculos para la información puesto que en ocasiones anteriores ellas han evidenciado su claro interés por deformar los hechos. “Esta es una situación cada vez más frecuente en el manejo de temas sobre el conflicto y uno como periodista tiene serias dificultades para el trabajo, pues desconfía de todos y no desea involucrarse con las fuentes, pero a veces le toca”, explicó Javier Santoyo, corresponsal en Santander del telenoticiero del Canal Caracol.



Incluso la situación se hace más complicada, en términos éticos, explicó Javier Santoyo, cuando a los comunicadores de medios regionales les toca depender de alguno de los actores involucrados en el conflicto, para poder obtener la información. Recordó cómo, en repetidas ocasiones, él y sus colegas han debido esperar transporte en helicópteros militares para poder cubrir una situación de conflicto, porque los medios para los que trabajan no disponen de recursos o no quieren solucionar esta clase de impedimentos operativos para el cubrimiento efectivo de la información.

La recomendación que en este caso hacen las organizaciones que trabajan en defensa de la libertad de información es que los periodistas redoblen esfuerzos para verificar los hechos con la mayor cantidad posible de personas y no dejar *cabos sueltos* cuando se investiga. Recomiendan además tener cuidado con las informaciones que provienen de la fuente que gentilmente suministró transporte, comida y hasta alojamiento, porque de todas formas tiene intereses que podrían comprometer la información veraz.

Resaltan también el papel que juegan las denominadas fuentes alternas, es decir, las que pueden dar una apreciación más amplia, que no se limita a unos intereses particulares. Entre esas fuentes alternas es posible buscar las opiniones de ideólogos políticos, líderes comunitarios, tenderos o personas de la comunidad que son reconocidas por su vinculación a actividades comunales, así como sacerdotes y pastores.

De igual forma, debe rescatarse el papel de los documentos de prensa y materiales bibliográficos que se han podido elaborar sobre historias similares o las investigaciones que se publican en libros y revistas y que favorecen la construcción de antecedentes para el trabajo periodístico.

## La posición de los medios

Los periodistas señalan a los directivos de los medios como factores de presión para la realización de trabajos sobre conflicto armado. “A mi jefe no le importa que yo aplique el sentido común frente a los hechos. Él sólo quiere que yo informe lo que veo y que le pregunte siempre al Ejército o a la Policía, aunque no confronte sus informaciones porque dice que a los militares hay que creerles pues son autoridades. ¿Cómo hago entonces para trabajar sin esta presión? Ya he intentado explicarle, pero él simplemente me dice que si no me sirve así, hay muchos otros que podrían hacer mi trabajo”, indicó Rafael<sup>5</sup>, otro de los participantes en el grupo de trabajo de los periodistas santandereanos.

Algunos medios de comunicación han logrado cambios en el concepto que tienen de las noticias. Este es el caso del noticiero de televisión *CM&* y los periódicos *El Colombiano* y *El Tiempo*. En estos medios se trabaja en las denominadas “unidades de paz y derechos humanos” y la exigencia que se le hace a sus periodistas y corresponsales es la de presentar hechos noticiosos en los que se confrontan tres o cuatro fuentes, a fin de que haya más criterios de verdad.

María Alejandra Villamizar, quien para el momento de uno de estos talleres era la periodista encargada del cubrimiento de algunos temas judiciales en el noticiero *CM&*, indicó que ese medio tomó la decisión de trabajar más en aspectos económicos y en temáticas de paz y que para lograr darle fuerza a las informaciones busca los antecedentes y las consecuencias que puede traer un hecho para la región en la cual se registra la noticia. “A las notas hay que darles contexto y antecedentes, han dicho los directivos del noticiero, y todos trabajamos en ello”, señaló.

<sup>5</sup> Rafael es otro de los periodistas que no deseó que su identidad fuera revelada. En la actualidad trabaja como corresponsal de un noticiero nacional de televisión y le envía información a una agencia de noticias internacional. Las presiones que recibe vienen especialmente de su jefe de redacción.

Por su parte, María Teresa Ronderos criticó el hecho de que algunos periodistas no saben defender el derecho a la información frente a sus jefes o se limitan a pensar que no les será posible romper los esquemas ya trazados. Al respecto, ella refirió esta historia: “Una vez presencié un diálogo entre un periodista y su jefe de redacción sobre el asesinato de tres personas en el sur de Caquetá, cerca de la llamada Zona de Distensión. La discusión era si se debía entrevistar a uno de los líderes del pueblo que tenía una versión diferente a la de los militares. Lo más irónico del caso es que quien aseguraba que eso no podía hacerse era el periodista y luego fue capaz de decirles a otros compañeros del medio que su jefe le había exigido que sólo entrevistara a los militares. Yo le pregunté a ese colega si era que él no creía que debía dar hasta el final la batalla por una información confiable y cercana a la verdad. Y es que a veces siento que con la autocensura estamos dando por perdidas las batallas informativas, antes de comenzarlas”.

### El afán de protagonismo

Otro de los riesgos que se corre por la presión de actores diferentes al periodista es que finalmente el comunicador crea que es el protagonista de la historia, cuando realmente es sólo un instrumento para la divulgación de la misma. José Luis Novoa, de la Fundación para un Nuevo Periodismo Iberoamericano (Fnpi), manifestó su preocupación por la forma como cada vez hay más “estrellas de las cámaras” que se creen con todos los derechos para decir qué se publica, cómo y cuándo, pero que no evalúan los antecedentes y las consecuencias que puede traer la manipulación de un hecho noticioso.

Ninguno de los comunicadores santandereanos olvida el hecho de que seis de sus colegas fueron privados de su libertad en el sur de Bolívar cuando se encontraban cubriendo la noticia del debate sobre el *despeje* o no de una

zona para las negociaciones entre el Ejército de Liberación Nacional (Eln) y el Gobierno, y la liberación de secuestrados del avión de Avianca, en el año 2000. La imprudencia en las informaciones que suministraron editores y presentadores de las dos principales cadenas nacionales de televisión les significó a los periodistas regionales permanecer más tiempo en poder del grupo guerrillero del Eln que los había retenido. “Fueron días difíciles para todos y sólo contamos con la solidaridad de los periodistas locales, quienes hicimos marchas reclamando el regreso de nuestros compañeros de varios medios de comunicación. Los demás colegas llegaron incluso a pensar que los periodistas retenidos estaban fingiendo para conseguir la exclusiva de la liberación de secuestrados del avión”, contó Édgar Urueta<sup>6</sup>, quien trabajó en el diario *Vanguardia Liberal* de Bucaramanga

El periodista José Luis Novoa, de la Fnpi, se mostró preocupado porque hace ocho años “los periodistas eran capaces de crear resonancia sobre el proceso de paz. Pero ahora lo que vemos es que a la gente ya la palabra paz le fastidia, no sólo porque no le cree a los actores armados sino porque los medios han desgastado ese vocablo que tanto requiere el país”. En su concepto, el periodismo se ha deslumbrado con el nacimiento de esas estrellas fugaces y habrá entonces que volverle a dar la dimensión que se merece, la de una comunicación veraz, efectiva y mesurada.

### El lenguaje que castiga

Con la publicación del libro *Para desarmar la palabra*, la Corporación Medios para la Paz quiso dar elementos de análisis a los comunicadores que manejan informaciones sobre el conflicto armado en Colombia. Se cuestionan y

<sup>6</sup> Édgar Urueta falleció a la edad de 32 años, el 9 de junio de 2002 en Bucaramanga, luego de padecer durante tres meses una enfermedad bacteriana que le produjo finalmente un paro respiratorio.

definen expresiones como *pesca milagrosa*, infiltrados de la guerrilla, objetivo militar múltiple, entre otras. Sin embargo, hoy en día, algunos abusan del lenguaje para darle dramatismo al hecho y ganar en audiencia. ¿Cuál es el lenguaje correcto en los tiempos de conflicto? ¿Pueden las palabras volverse responsables del asesinato de inocentes? ¿El periodista debe utilizar imágenes dantescas para mostrar que hubo una masacre?

Al respecto, la Fundación para un Nuevo Periodismo Iberoamericano en diversos talleres ha invitado a los comunicadores a desconfiar de las palabras que usan los distintos actores del conflicto armado. Si los militares hablan de “dar de baja a guerrilleros” es porque emiten en esa frase un juicio de valor, que no le está permitido al periodista, en aras de la imparcialidad informativa. Si la guerrilla habla de “pesca milagrosa”, al periodista le está obligado decir retén ilegal.

Los seminarios contemplan el lenguaje por cuanto trasciende linderos de la ética profesional. Sin embargo, algunos se quejan porque directores de medios temen perder audiencia si el lenguaje no está salpicado de violencia, como lo expresó Maribel Sánchez, una periodista que trabajó en un medio escrito del Magdalena Medio y su jefe de redacción la regañaba porque “mis noticias parecían novelas color rosa, pues cuidaba el lenguaje para que no aparecieran expresiones incorrectas. Por orden de mi jefe mis notas las revisaba otro periodista, quien cambiaba los términos para hacer más ‘creíble’ la información. Si yo hablaba de retenes ilegales, mis notas aparecían publicadas con la expresión pesca milagrosa. Si titulaba que había cinco guerrilleros muertos, por arte de mis jefes, la noticia quedaba titulada como: cinco guerrilleros dados de baja. La verdad, me cansé y preferí renunciar porque la presión llegó a ser intolerable”.

El periodista Juan Lozano decía, durante uno de los talleres en Cartagena, que sobre el manejo de la información “los periodistas debemos levantar trincheras para defendernos de los actores del conflicto”. El problema es también

cómo levantar trincheras para que el periodista se defienda del medio de comunicación para el cual trabaja, se preguntan los comunicadores regionales, quienes denuncian el mayor número de violaciones a la ética por parte de los medios nacionales para los cuales deben trabajar como corresponsales.

### Contra el desamparo jurídico

Cualquier evaluación sobre la situación de los periodistas que cubren el conflicto armado en Colombia estaría incompleta si no se revisa el aspecto jurídico, de vital importancia para la supervivencia de los comunicadores. No obstante, éste resulta ser el más débil de los derechos, por cuanto hacen falta acciones legales en defensa de los periodistas, así como decisiones políticas y hasta económicas por parte de los medios de comunicación, organizaciones gremiales y comunidades en general.

En marzo de 2002, Alberto<sup>7</sup>, un periodista que trabaja como corresponsal de un medio escrito santandereano, debió cubrir una información sobre el asesinato de familiares de uno de los líderes del Eln. Sus informaciones fueron calificadas como “perturbadoras y tendenciosas” por las autodefensas que le enviaron de inmediato una comunicación de protesta. Como el periodista continuó informando sobre el tema, porque las investigaciones en ese caso habían avanzado, las amenazas crecieron y él debió pedir licencia para ausentarse del medio de comunicación “mientras bajaba la marea, pues tengo hijos y no me puedo dar el lujo de quedarme sin trabajo”. El problema es que ya la situación se ha vuelto “insostenible” y el medio para el cual trabaja Alberto, además de otorgarle una licencia de tres meses no remunerada, no le ha ofrecido apoyo alguno como el cambio

<sup>7</sup> Alberto, nombre dado para proteger la identidad de este periodista que trabaja en un pueblo de Santander.

de sede para que este comunicador pueda continuar su ejercicio profesional, sin la presión del miedo.

La Constitución Política atiende al derecho de información y protege la reserva de las fuentes, que son aspectos importantes para el desarrollo del ejercicio profesional de la comunicación, según lo señalan el artículo 20 y 23 de la Carta Magna; sin embargo, no existe otra norma que ampare a los periodistas o exija un respaldo de los medios en esta materia.

La Ley 51 de 1975, conocida como Ley de Prensa, estableció que el periodista “no estará obligado a dar a conocer sus fuentes de información, ni a revelar el origen de sus noticias, sin perjuicio de las responsabilidades que adquiere por sus afirmaciones” (artículo 11). También contempla, en su artículo 12, que “los funcionarios públicos y especialmente las autoridades de policía, garantizarán la libre movilización del periodista y su acceso a los lugares de información, salvo en casos reservados conforme a las leyes”. Sin embargo, la ley no considera procedimientos jurídicos en caso de atentarse contra la vida, honra y bienes del periodista que informa con responsabilidad en una comunidad.

A partir de 1999, mediante el Decreto 1592 firmado por el presidente Andrés Pastrana Arango, se creó el Comité de Protección a Periodistas en Colombia, en el cual el Ministerio del Interior y las organizaciones del gremio que tienen asiento en dicho comité apoyan a los comunicadores que por la gravedad de las amenazas deban salir rápidamente del país. Dicho apoyo se hace extensivo hasta por tres meses, después de los cuales cada periodista deberá responder por su manutención en el exterior.

Por las serias amenazas contra las vidas de los comunicadores y sus familias, varios han huido de sus regiones de origen e incluso del país, pero sin opciones para emplearse y reconstruir sus vidas. El Decreto 1592 se convierte entonces en un paliativo que sólo resuelve situaciones críticas, pero que no tiene aplicabilidad sino por tres meses.

Ante la situación de riesgo que viven los periodistas colombianos, el Congreso de la República estableció en la

Ley 100 de Seguridad Social, a partir de 1994, un régimen especial para pensionar a los periodistas (Decreto 1281) a fin de que se puedan jubilar apenas cumplan los 50 años, si tienen más de 20 años de servicio en medios de comunicación y la empresa periodística ha cotizado por ellos un 0.5% adicional al legal del 13.5% del salario mensual devengado que se exige para los demás trabajadores en Colombia. Esta norma podría continuar vigente cuando comience a regir el nuevo modelo de reforma pensional que actualmente estudia el parlamento.

### Las redes de protección

Como mecanismo para apoyar a los periodistas, se creó en 1996 la Fundación para la Libertad de Prensa (Flip). Esta organización viene trabajando en proyectos como la Red de Alerta y Protección a Periodistas (Rapp)<sup>8</sup>, con corresponsales en diversos municipios del país, que se encargan de recoger información sobre violaciones a la libertad de información y de expresión de los comunicadores, a fin de investigar las denuncias y difundir esa situación tanto en las esferas gubernamentales como en el resto del mundo, como medida de protección para los amenazados.

En casos extremos en los que se evidencia que la vida de un reportero corre peligro, la Flip busca apoyo de organizaciones internacionales. Entre ellas merecen destacarse: Reporteros sin Fronteras, Red de Refugiados y la IFEX (International Freedom of Expression Exchange) una de las redes internacionales más activas en materia de defensa de la libertad de expresión en el mundo. El objetivo es poder sacar al comunicador del sitio en el que está amenazado e incluso ayudarlo a salir del país, siempre y cuando las denuncias tengan fundamento, señaló Elizabeth Vargas, ejecutiva de la Fundación para la Libertad de Prensa.

<sup>8</sup> La página web de la Flip es [www.flip.org.co](http://www.flip.org.co) y los comunicadores pueden dirigirse a la Red de Alerta escribiendo a [redalerta@flip.org.co](mailto:redalerta@flip.org.co)

Desde el año 2001, la Flip, con el apoyo de otras organizaciones colombianas, viene coordinando actividades en defensa de los periodistas, mediante el proyecto Antonio Nariño con el cual se busca no sólo “canalizar esfuerzos, sino también recursos para contribuir a la consolidación de una cultura de respeto y protección al oficio periodístico en Colombia”.

En el proyecto Antonio Nariño participan, además de la Flip, organizaciones como Andiaros, que agrupa a todos los diarios y periódicos del país; la Fundación para un Nuevo Periodismo Iberoamericano que preside Gabriel García Márquez; la Fundación Friedirich Ebert en Colombia y la Corporación Medios para la Paz, dedicada a la capacitación de periodistas.

El objetivo de todas estas organizaciones es apoyar al periodista, pero como lo señaló Martha Ruiz, de Fescol, también pretenden recordarle al comunicador que su labor al informar debe apoyarse en la búsqueda del mayor número de datos y testimonios posibles que permitan a las comunidades enterarse de lo que sucede y formarse un criterio al respecto.

Como lo recordaba la periodista María Teresa Ronderos, de la Revista Semana, en uno de los talleres para periodistas nacionales y corresponsales extranjeros que cubren el conflicto armado, realizado en Cartagena en diciembre de 2000, “los medios hemos sido víctimas de la violencia, no sólo por los muertos o los exiliados y amenazados que hemos puesto, sino por las trampas que nos ha tendido esta violencia arraigada en nuestros campos y ciudades y por las cuales ahora tratamos por igual a instituciones legítimas y a delincuentes, olvidando que cada uno está en una frontera bien diferente y que al periodista sólo le queda informar, desde todos los ángulos, para que sea la comunidad la que evalúe y emprenda acciones”.

El debate sobre la defensa y protección de los comunicadores sigue abierto y le corresponde tanto al gobierno como a las

organizaciones gremiales de periodistas, universidades y medios de comunicación continuar trabajando por encontrar caminos de verdad que faciliten el ejercicio de esta apasionante profesión, la de ser comunicador, en medio de un conflicto armado.

# Escuchemos a los que quedan vivos

Carlos Alberto Giraldo M.

## Let's listen to those who are still alive

### Abstract

In Colombia's internal war, where State officials and Commanders of illegal armed groups are the 'spokesmen' through which the conflict is interpreted, there is a need for journalism that looks to the victims, the civilian population. This view is more than a simple criterion lending validity to information. It must correspond to an ethical and human position that defends life and sides with those who are humiliated.

**Key words:** Journalism and armed conflict.

## Escuchemos a los que quedan vivos

### Resumen

En la guerra interna que vive Colombia, en la cual funcionarios estatales y comandantes de grupos armados ilegales tienen la *vocería* frente al desarrollo e interpretación del conflicto armado, se reclama un periodismo que vuelva sus ojos hacia la población civil víctima de la confrontación. Esa posición, más que un simple criterio que dé validez informativa, debe responder a una postura ética y humana de ponerse del lado de quienes son humillados, y de defensa de la vida.

**Palabras clave:** Periodismo y conflicto armado.

### Carlos Alberto Giraldo M.

Egresado de la Facultad de Comunicación Social de la Universidad Pontificia Bolivariana (Medellín). Cuatro veces ganador del premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar (1992, 1996, 1997 y 2000) y dos veces ganador de los premios de la Sociedad Interamericana de Prensa, SIP (1993 y 1997) en las categorías Mejor Cubrimiento de una Noticia y Derechos Humanos. Finalista del Concurso de Crónica y Reportaje de la Universidad de Antioquia (1998). Finalista en 2001 de la categoría prensa escrita del premio de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano. En la actualidad, editor del Área de Paz y Derechos Humanos del periódico *El Colombiano* (Medellín), al que está vinculado hace once años.

Correo electrónico: [carlosg@elcolombiano.com.co](mailto:carlosg@elcolombiano.com.co)

## Escuchemos a los que quedan vivos\*

Estos tiempos no son para acostarse con el pañuelo a la cabeza, sino con las armas en la almohada, como los varones de Juan de Castellanos: las armas del juicio, que vencen a las otras. Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedra (...) Los pueblos que no se conocen han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos.

José Martí, *Nuestra América*

La gente aún no se descubre en la radio ni en la televisión ni en los periódicos de mi país, la mitad de ella apenas aparece convertida en un objeto de mercadería en las noticias, envuelta por la sangre y la moda, mientras que la otra mitad la escucha, la ve y la lee, absorta, indignada o indiferente, porque los periodistas y los medios no alcanzamos a comprender la profundidad del dolor y del heroísmo con que este pueblo se mantiene en pie, a la espera de que pase la guerra o de que alguien acoja sus palabras en medio del fuego.

Decía el escritor polaco Ryszard Kapuscinski en una de sus intervenciones en la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano (Fnpi), que para él “es fundamental que un reportero esté entre la gente sobre la cual va, quiere o piensa escribir. La mayoría de la gente en el mundo –y en Colombia, por supuesto– vive en duras y terribles condiciones y si no las compartimos no tenemos derecho, según mi moral y mi filosofía, a escribir”.

Hace dos años tropecé con una señora que resguardaba a sus hijos en una casa que era de un solo y pequeño cuerpo

---

\* Esta reflexión fue escrita en octubre de 2001 y presentada por el autor dentro de los actos académicos realizados en conmemoración del Día del Periodista, a los que fue invitado por la facultad de Comunicación Social de la Universidad Autónoma de Bucaramanga (UNAB), en febrero de 2002.



de ladrillos, en una vereda olvidada del municipio de San Carlos, en el Oriente del departamento de Antioquia. A esa hora el hambre acosaba y tras intercambiar un par de palabras con ella, sin conocerme y sin que su analfabetismo le permitiera leer el aviso de prensa de mi chaleco, aún temerosa por el recuerdo del trueno de las balas de un combate entre el Ejército oficial y la guerrilla, que perforó los techos de la escuela vecina, la señora nos dio pan y chocolate. Y cuando apenas alcanzábamos a dar el primer bocado supimos que era lo último que quedaba en la alacena. A esa clase de gente, a la que me refiero y describo, que también hace parte de este país, los medios de comunicación y en especial los más poderosos y masivos le deben una explicación de por qué sólo cuentan en las estadísticas, en las encuestas que responden minorías; porqué sólo puede verse y contarse esa gente en las palabras ajenas de los funcionarios, en las justificaciones inverosímiles de la violencia que ejercen los grupos armados.

En esta jornada, a propósito de que estemos convocados para pensar en la convivencia y los medios de comunicación, nada más pertinente, para tener conciencia de las páginas desechadas de los periódicos, de los minutos desperdiciados de la radio y de los carretes de cinta malgastados de la televisión, que pensar en los discursos repetidos y vanos, siempre interesados y dóciles, de *funcionarillos* y modelos, mientras que esa gente, como aquella señora generosa y agobiada, espera hallar a alguien que la escuche y multiplique sus pedidos y su voz, que también describen y explican esta patria.

Nada más pertinente que analizar la tarea de los medios informativos que, aunque afanados por mejorar, no dejan de cumplir una labor insuficiente en un país perdido en la complejidad y en el vértigo de la guerra y de sus mortíferos desentendimientos y diferencias.

Recuerdo que hace un año, por ejemplo, un noticiero de televisión privada dedicó diez minutos de su emisión (la

cuarta parte) a la boda del ex presidente Belisario Betancur con la señora Dalita Navarro. Ese mismo día habían caído en combate con la guerrilla, en el municipio de Dabeiba (Antioquia), más de 35 soldados. Y aunque los reporteros regionales del noticiero llegaron al lugar de los hechos, e incluso consiguieron los testimonios de familiares de las víctimas, y aunque tenían equipos para transmitir en directo, los editores y el medio optaron por los chismes y la transmisión en vivo de las nupcias del ex presidente y de la desesperada búsqueda de unas pestañas postizas para la señora Navarro, por las calles de Bogotá, dado que escaseaban unas que se ajustaran al color de sus ojos y sus cejas.

En unos días se cumple también un año de haber escuchado a una colega, muy respetada y querida por cierto, que decía que “si el periodista hace bien su trabajo no afecta ni mejora el proceso de paz”. Se refería al proceso de paz en sí mismo, es decir, reducía la paz al formalismo de la dinámica del proceso de negociación entre gobierno y guerrilla.

En esa manera de entender el conflicto social y armado quedaba por fuera del contexto de la guerra y la paz el amplio espectro de los hechos y voces que precisamente pueden dar la dimensión de lo que ocurre en el país y que para la mayoría de los medios son materia de desecho porque no incluyen pronunciamientos de personalidades, criterios de expertos y esas frases de cajón de quienes a diario nos prometen salvar al país de su tragedia.

Pregunta Jan Schaffer, directora del Centro de Periodismo Cívico Pew, de Estados Unidos: ¿puede haber un periodismo que no sólo le brinde a la gente noticias e información sino que también le ayude a cumplir su tarea como ciudadanos? ¿Que no sólo produzca el espectáculo cívico insólito del día sino que en realidad desafíe a la gente a participar e intervenir y asumir responsabilidad con los problemas? ¿Que no los coloque sólo como espectadores, sino también como participantes?

En tal sentido, retomando una frase más de Schaffer, se busca un periodismo que trate de “proyectar conocimientos, no sólo acontecimientos informativos”, que además se salgan –y aquí cabe particularizar el caso colombiano– de ese marco estrecho de la guerra, la paz y su cubrimiento periodístico, definido hasta hora por lo que piensan sus “fuentes dominantes” respecto de las posibilidades de entendimiento y reconciliación entre los colombianos.

A la manera del polaco Ryzard Kapuscinski, hablaríamos de la gratificante y dispendiosa tarea de hacer un periodismo que tienda puentes, que ayude a comprender y a comprendernos en medio de la inclemencia con que deviene todos los días la realidad del país. Y ese periodismo es el que sabe reconocer y servir al público las percepciones y los discursos de los actores que ostentan el poder armado y político, pero también las impresiones de aquellos sujetos sociales que pasan de ser centro de la noticia a periferia informativa en minutos, en horas, en condición de desplazados, secuestrados, desaparecidos o muertos.

En un país en guerra, en un país en el que la gente sufre y sobrevive sacando de sí lo mejor de su arrojo, es improbable que la prensa ayude a la convivencia y al entendimiento si sigue desconectada de esas luchas marginales y anónimas que a diario dan miles de colombianos, entre ellos 26 millones de pobres, según datos sobre pobreza en el país entregados por la Comisión Económica para América Latina (Cepal). Algo tiene que brotar a diario de esa masa de necesidades, y hay que descubrirlo e informarlo, como causa de la violencia y como llamado de conciencia a los demás, para que entiendan que su responsabilidad de solucionarlo es cada vez más ineludible.

No estoy invitando a un periodismo de misioneros ni de pobres ni lastimero ni exclusivamente de violencia y de violentos. Se trata de ejercer, en un país que exige una gran dosis de sensibilidad y de paciencia, un periodismo menos arrogante y a la vez menos frívolo. Un periodismo que entienda lo modesto de su misión, pero también lo profundo

de sus responsabilidades con su tiempo y con millones de personas que lo necesitan. “No hay ninguna profesión en la que se dependa tanto de otros (...) Ahora, la preocupación de los medios de comunicación no es con el cubrimiento, sino es la lucha entre ellos por la competencia. Ya no miran si pasó algo importante, miran dónde están los demás para que no se les adelanten”, apunta Kapuscinski.

Y ese desprecio periodístico por abordar los hechos en su integralidad, afanado por las primicias, sin escuchar a la gente, sin permitirle que se exprese acerca de todas estas cosas bárbaras que ocurren en Colombia, se torna en riesgo para la búsqueda de la verdad, para acercarse a los acontecimientos no sólo con el perfil de sus apariencias sino de sus conexiones esenciales y de su contexto histórico, cultural, económico y político. Ese periodismo que sutil y riesgosamente se aleja de una verdad completa, de una verdad diversa, se acerca peligrosamente a servir de instrumento a la no convivencia, a ser escenario de disputas y antagonismos.

Hoy, cuando en Colombia además ocurren infortunados fenómenos de concentración del poder y del discurso informativo (cabe reseñar la reducción e inminente desaparición de las emisiones de noticieros en los canales estatales de televisión y la crisis de *El Espectador*, por ejemplo), hay que abocar por el estímulo de un periodismo que se salga del estrecho esquema impuesto por los medios privatizados y mercantilizados en todas sus ofertas y funciones.

“Las presiones comerciales también deterioran el periodismo investigador. La necesidad de una gran cantidad de tiempo y de recursos humanos y financieros para el periodismo investigativo está en conflicto con las expectativas y ganancias y el control de los costos de producción”, anota Silvio Waisbord, autor del texto *Periodismo Vigilante en Sudamérica: Noticias, Responsabilidad y Democracia*.

Esta carencia de investigación periodística original, observa Jaime Abello Banfi, director de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano, trata de ser compensada con el

periodismo de registro; la banalización de los hechos de violencia, de manos de los análisis de escritorio; la retórica pacifista y la circularización de la misma información de la radio a la prensa y de ésta a la televisión.

Los medios que cubren nuestra realidad llegan en tropel a los escenarios en los que ocurren las noticias, pero no rastrean esos escenarios mismos, no los auscultan. Los presentan al televidente, al oyente o al lector como mero decorado de hechos fríamente seleccionados para asegurar audiencia, no comprensión, para atraer por la vía de las reacciones primarias, no por la del discernimiento. Y siempre se quedan con la moda de la chaqueta del funcionario, pero ninguno se mete la mano al chaleco a ver qué esconde o qué tapa o qué huele mal. Se deslumbran con los camuflados y las órdenes perentorias para alinear en las ruedas de prensa de los grupos armados, pero ninguno les reclama que se quiten el fusil y que no sólo den parte de guerra o lean boletines de propaganda odiosa.

Kapuscinski describe esa manada en su ensayo sobre la manera como los medios reflejan la realidad del mundo: “Importantes equipos de *enviados especiales* recorren el mundo. Forman una gran jauría, en el seno de la cual cada reportero vigila al otro. Hay que tener la información antes que el vecino. Por eso, aunque varios acontecimientos se producen simultáneamente en el mundo, los medios sólo cubrirán uno: el que haya atraído a toda la jauría”.

Así pasa en Colombia: todos los reporteros se paran en la competencia por cuidar que su micrófono se vea claramente en las imágenes, escuchan a los mandos de los ejércitos regulares e irregulares, detallan las escenas de los crímenes que aquí abundan, retoman a los representantes del gobierno central, quienes dicen, de nuevo, que esta vez actuarán “de manera exhaustiva”. No miran qué atropellos sepultan ya las pilas de cadáveres, las historias comunitarias que se elevan al olvido con los ranchos humeantes y no escuchan a las víctimas que reclaman justicia y que quieren contar los hechos, dar su versión, para que no sea sólo la de sus

verdugos y la de los forenses la que explique su sangre, nuestro desangre.

Hay que mantener, con el ánimo de la convivencia en una sociedad altamente radicalizada, polarizada y emotiva, un periodismo de reflexión que impida que se impongan sólo las verdades de quienes protagonizan y propician la guerra por acción u omisión, de quienes, en últimas, están en evidente contravía de la democracia, de los derechos humanos y de la justicia.

No se trata de que el periodismo, como tarea explícita, tenga la obligación perentoria de contribuir a la paz, de hacer pedagogía o sociología. “Que no sea pastor de almas”, como diría en buen castellano Miguel Ángel Bastenier, jefe de Relaciones Internacionales del diario *El País*, de Madrid. Pero sí hay que intentar que esos efectos, que esas repercusiones, deriven de un ejercicio informativo responsable, mínimamente ampliado al conjunto de los ciudadanos, a la diversidad de fuentes, sobre todo a aquellas ubicadas en la periferia del poder político y económico, pero metidas en el centro, en el ojo mismo del conflicto social y armado, que pueden darnos una lectura más amplia e incluyente, más favorable a la convivencia de la sociedad colombiana.

Hace un año y cuatro meses, en la Serranía de San Lucas, en el sur del departamento de Bolívar, un hombre de manos callosas, con la piel cuarteada por el sol sobre el arado, me preguntaba si los señores de la guerra cuando dicen que quieren una patria libre la quieren libre pero de campesinos. Y me pregunto, parodiándolo, si los medios y los periodistas también concebimos una prensa libre... de campesinos, de obreros, de marginados, de los hombres y mujeres comunes y corrientes que sufren la mayor parte de esta guerra y que, por fuerza de esa negación y ese olvido, pueden precipitarse y precipitarnos a ella.

Vuelvo a Martí, en enero de 1891, a sus palabras tan vigentes, para pensar que podemos hacer un periodismo consciente de las diferencias, amplio de mentalidad y generosos para presentar a la patria de cuerpo entero: “Los

que se enseñan los puños, como hermanos celosos, que quieren los dos la misma tierra, o el de casa chica, que le tiene envidia al de casa mejor, han de encajar, de modo que sean una, las dos manos”.

Es necesario, para fomentar la convivencia desde el periodismo y la prensa en Colombia, así lo pienso, que hablen en los medios los que quedan vivos, sobre todo los más indefensos y débiles, al paso de esta larga noche de sangre. Es posible que así, algún día, nos conozcamos más y nos tratemos mejor.

## Contenido

	Pág.
<b>Presentación</b>	5
<b>La responsabilidad individual - La vuelta a la racionalidad de emisores y receptores</b> Francisco Gómez Nadal	9
<b>Las siete trampas capitales contra el periodista (y el buen periodismo)</b> Juan Gonzalo Betancur B.	25
<b>Los retos para periodistas que cubren el conflicto armado</b> <b>El caso del nororiente colombiano</b> Mary Correa Jaramillo	51
<b>Escuchemos a los que quedan vivos</b> Carlos Alberto Giraldo M.	75